



LOS HIJOS DEL ATOMO

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite.

Y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello.

LÁZARO
DE
TORMES.



Indiana James

Los hijos del átomo

Bolsilibros - Indiana James - 19

ePub r1.0
LDS 29.04.18

Título original: *Los hijos del átomo*
Indiana James, 1986
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Bien, muy bien. Maravilloso.

De victoria en victoria, hasta la derrota final.

Las industrias Corfort Line podían haberse enterado de quién era yo, podían haberse quedado entre la espada y la pared, hincado la rodilla, agachado su testuz e implorado misericordia, bañadas en un mar de lágrimas. Todo perfecto. Un final feliz de ensueño…

… si Zenna Davis me hubiera echado una mano.

Pero no lo había hecho. Y allí estaba yo, en un precioso «agujero» irlandés, llamado Killarney, sin otra cosa que hacer que gastar mis últimos dólares en trasegar cerveza y maldecir a los cuatro vientos a cierta amiga… no, amiga, no, a cierta periodista norteamericana.

Y cuidar de Gronk, claro.

Porque lo de ahogarse en cerveza, era sólo un símil. Me hubiera gustado, lo reconozco, pero aquel indio del demonio no me daba la menor oportunidad. Pedíamos una ronda y, antes de que hubiera podido levantar mi pinta, la de Gronk ya había desaparecido en las insondables profundidades de su estómago. Soltaba una risotada, lanzaba un eructo que hacía temblar las paredes del «*pub*» y, cuando yo conseguía recuperar el equilibrio, mi cerveza ya había seguido el mismo camino que la suya.

El truco le funcionó media docena de veces, pero reaccioné. Se puede ser muy tonto —y no quiero señalarme— pero cuando hace cuatro horas que estás en un bar, te has gastado un montón de pasta y ni siquiera has conseguido humedecerte los labios, aguzas el ingenio. Para empezar, aferré desesperadamente mi jarra. No sirvió de nada. Risotadas, eructo, palmadas amistosas en mi espalda y, mientras desclavaba mi cara de la mesa, me quedé nuevamente sin

cerveza.

Después, insistió en brindar. Entrechocamos nuestros vasos y me bañé por segunda vez aquel día. Estaba sacando el pañuelo del bolsillo, en el instante en que las últimas gotas de mi bebida desaparecían por el gigantesco sumidero que era su garganta.

Más tarde, se ofreció muy amablemente a pedir él las cervezas. Cuando volvió de la barra, dejó un recipiente vacío frente a mí y se tragó el contenido del otro en un abrir y cerrar de ojos.

Sus trucos parecían infinitos. Mi paciencia y mi dinero, no lo eran.

Como Gronk volvía a levantarse en busca de más combustible, decidí cortar por lo sano y le agarré por el brazo.

Se dio cuenta que iba colgado de él, cuando choqué de cabeza contra el mostrador, después de haber limpiado medio bar al ser arrastrado. Me miró muy sorprendido, soltó otra de sus risotadas y clavó las jarras ante el barman, guiñándole un ojo.

—¡No, Gronk! —Advertí, seriamente—. ¡Basta!

—¿Basta? —repitió, entrecerrando los ojos, para poder captar en toda su profundidad mi complicado mensaje. Decidió que estaba de acuerdo y sonrió—. Sí, sí, basta… ¡basta!

Pero le señalaba las jarras al camarero.

—¿En qué quedamos? —me preguntó aquél un poco mosca.

—Por mí, haga lo que quiera amigo —respondí muy contento. Gronk me observaba ceñudo—. Pero yo no pienso pagarlas —y me dediqué a señalar también las jarras.

El camarero empezó a darse la vuelta, cuando el puñetazo de Gronk astilló el mostrador.

—¡¡¡Basta!!! —atronó con toda la fuerza de sus pulmones.

En el «*pub*» se hizo un silencio impresionante y todas las cabezas se giraron hacia nosotros. El camarero, tras recoger su peluquín del suelo y plancharlo con la mano —hubiera jurado que los pelos sintéticos estaban de punta— me miró suplicante.

—¿Es que no entiende el inglés?

—¿A usted qué le parece? —contraataqué, sin dejar de señalar los vasos, ni esconder mi arrebatadora sonrisa.

—¿No hablará gaélico?

—Ni una palabra.

—¿Basta? —preguntó Gronk amablemente, cansado de andar

fuera de juego.

—Bueno —cedió por fin el camarero—. Al fin y al cabo, podré vivir toda una semana con lo que se ha bebido este mamut…

Llenó de nuevo las jarras y las colocó delante de Gronk, agitando el dedo frente a sus narices.

—¡Pero es la última! —advirtió de un tirón, antes que le flaquease la voz.

—Sí, sí, la última… —accedió Gronk, satisfecho—. ¡Basta! ¡Basta! —Y golpeó suavemente con sus nudillos la calva del pobre tipo. Seguramente, quería hacer una gracia. Pero el camarero se derrumbó inconsciente.

Un segundo después, el barullo del bar volvió a su nivel habitual mientras se dejaban oír comentarios de frustración. Habían esperado una buena pelea, sobre la que se hubieran abalanzado gozosos.

Una vez en nuestra mesa, taladré a Gronk con la mirada:

—Muchacho, esto no puede seguir así. Tenemos que hacer algo. Lo que sea. Conseguir un poco de dinero y largarnos de aquí. ¿Me has entendido?

—Entendido, claro. Entendido —respondió, devolviéndome la mirada. Sentí que la jarra se escurría de entre mis dedos—. ¡Y basta!

La vació antes de mi segundo insulto.

—¡Se acabó! ¡Vámonos! —ordené, reprimiéndome las ganas de romperme el puño contra su nariz.

Se levantó como impulsado por un resorte.

Aquello me animó:

—¡Si es necesario, nadaremos hasta América! —exclamé, entusiasmado.

Gronk se volvió a sentar desganadamente, sacudiendo la cabeza.

—¡Basta, Indiana, basta! —protestó, quejoso.

—Pero, bueno… ¿es que no tienes ganas de largarte de aquí? —insistí, intentando llegar hasta su corazón de granito—. ¿Es que no te apetece volver a tu Canadá natal?

No sé si me entendió, o fue el tono nostálgico de mi voz, pero creí advertir una chispa de tristeza en sus ojos.

—¿Te acuerdas de las estepas nevadas, de los bosques maravillosos, de los «grizzly» salvajes…? —había descubierto una

grieta en aquel armazón de acero y estaba aplicando la llama del soplete a máxima potencia para entreabrirla. Lo que a mí me parecía la descripción de un infierno helado, a él le debía sonar como el paraíso.

Sorbiéndose una catarata de lágrimas y mocos, metió la mano entre sus ropas y, el diablo sabrá de qué abismos increíbles, sacó un pedazo de papel doblado, arrugado, manchado y agrietado. Creí que iba a limpiarse con él —visto su estado, no debía servir para otra cosa— pero, en lugar de pringarlo todavía más, lo tiró encima de la mesa.

Por un instante, pensé que se trataba de un pergamino del siglo Nosesabe antes de Cristo. ¿Habría descubierto algún plano de un tesoro, similar al que nos había conducido al de Gardenfly?[1] ¿Cómo lo habría conseguido?

Manipulé el papel con cuidado para que no se desmenuzase en las manos y, gracias a dos palillos, pude desplegar el mensaje sin perder más que algunos fragmentos sin importancia. Tapándome la nariz para resistir la hediondez que emanaba de él y quemándome las pestañas para descifrar sus borrosas letras, empecé a leer la carta. Porque era una carta. Y oficial.

El membrete era lo más legible y pertenecía al gobierno canadiense. Comunicaba a un tal Derringer Winchester Colt «Wiseguy» que, como jefe hereditario de la tribu sarcee y, por tanto, su representante legal ante las autoridades gubernamentales, se desplazase a Calgary, en la provincia de Alberta, Canadá, para tomar posesión del territorio que había pertenecido a dicha tribu. Al parecer, tras un montón de años de complicadísimos trámites legales, los altos tribunales canadienses habían fallado en favor de los sarcee.

Por si todo aquello no fuese suficientemente asombroso, la fecha de la carta me dejó boqueando como un pez en la estratosfera… ¡databa de dos años atrás!

—¿Tú… tú eres Derringer
Smith & Wesson
no sequé…? —pregunté a aquella bestia semisalvaje que estaba frente a mí, con la mirada perdida en las jarras de cerveza de las mesas vecinas.

Su respuesta fue tan esclarecedora como concluyente:

—¡Gronk!

De momento, lo tomaría como un «sí». Eso quería decir que era el jefe de una tribu india. Y que había recibido aquella carta, incluso antes de conocernos. ¿Cómo se la habían entregado, si vivía como un eremita en los bosques canadienses? ¿Y por qué no la había mencionado hasta entonces? Mas ¿qué hacía enrolándose en busca de tesoros perdidos o haciendo de monstruo inconmovible en un circo, si tenía todo un pueblo que gobernar?

Estas preocupadas y amistosas sugerencias, me vinieron a la cabeza varias horas más tarde. En aquellos momentos, lo único que pude ver en la carta, fue una puerta abierta hacia el «hogar, dulce hogar», si sabía jugar bien las cartas.

Yo tenía un as en la manga, pero el único contrincante contra el que jugarlo era un hueso muy duro de roer y que, para colmo, me había «dejado limpio» poco antes: Zenna Davis.

Me abalancé hacia el mostrador del bar:

—¿Se puede llamar a Nueva York?

—Si tiene dinero… —contestó el camarero con un humor de mil demonios y el bisoñé danzando sobre el chichón que le había hecho Gronk.

Agité mi último billete de 10 libras.

—Al fondo, a la derecha —escupió el barman.

—¡Basta! —rugió un trueno a mi lado, mientras una jarra de cerveza se hacía añicos al depositarla «suavemente» una montaña ambulante.

—¡Al fondo, a la derecha, vale! —grité, desapareciendo de allí para no asistir a la previsible escena subsiguiente.

Eran las seis de la tarde en Irlanda, así qué en Nueva York todavía sería demasiado pronto para ir a almorzar. Con suerte, Zenna estaría en su despacho. Sin suerte, Zenna estaría en su despacho… de muy mal humor.

Estaba en su despacho.

—¿Todavía no te has muerto, Indy?

Y de muy mal humor.

—Eso puede esperar, no tengo prisa…

—Yo, sí.

Me lo estaba poniendo ligerísimamente difícil. Pero dicen que Indiana James es inasequible al desaliento. A veces, me da la

impresión que existe otra persona con mi mismo nombre. Volví al ataque.

—Muy bonito. Te llamo para hacerte un favor y…

—¿Hacerme un favor? ¿Tú a mí?… ¿Es que las ranas crían pelo?

—Tengo una historia para ti. Una maravillosa historia que hará derramar ríos de lágrimas hasta a las personas más inconmovibles.

—Mi editor y yo no lloramos fácilmente, Indiana. Ya deberías saberlo.

—Escucha y verás. Estaba yo en la hermosa
Raven's
Taverns de la preciosa ciudad de Killarney, disfrutando del encantador ambiente, cuando…

—¿No habrás llamado a cobro revertido, ver dad? —me interrumpió una vez más.

—No, ¿por qué?

—No, por nada. Sigue, sigue… Sólo tengo que atender a dos revoluciones africanas, una nueva represalia israelí, el asesinato de Olof Palme y un estúpido referéndum sobre la OTAN en Sudamérica.

—Querrás decir en España, ¿no?

—Pues eso. ¿Qué he dicho yo?

—Olvídalo.

Hay ciertos lapsos mentales en la mayoría de mis compatriotas que nunca entenderé. Debí quedarme en blanco unas décimas de segundo, porque la irritada voz de la periodista me apremió inclemente:

—Al grano, Indiana. Como habrás comprendido si en las últimas horas has adquirido un miserable gramo de inteligencia, estoy levemente ocupada…

—Pues toma nota: ¿Qué te parece la epopeya de un pueblo indio que, tras largos y durísimos años de lucha, ha conseguido recuperar las tierras de sus antepasados de las garras de los descendientes de sus feroces invasores europeos?

—Me parece que te has equivocado de década. No estamos en los 70, Indiana. Primero, todos sabemos que los picapleitos del Gobierno son unos chapuzas. Segundo, ¿dónde está la noticia? Oigo tonterías similares cada medio minuto.

—¡Ejem! Era sólo la introducción… para calentar motores —cambié de táctica—. ¿Y la odisea humana de un aguerrido jefe de

tribu, que ha luchado hasta la extenuación por recuperar su honor, dignidad, fama y posición?

—Me parece muy emocionante. Si ha conseguido todo eso, cásate con él. Así no me darás más sablazos, ni me molestarás con tonterías como la que me estás soltando ahora.

—¡No es un sablazo! ¡Ni una tontería! —estallé—. Es un reportaje. De interés humano y social: Canadá, tierra virgen, los sarcee…

—¿Los qué?

—Los sarcee. La tribu de la que te estoy hablando hace media hora…

—Salúdales de mi parte. Adiós, Indy.

—Zenna, estoy desesperado.

—Suicídate. Quizá te dedique una necrológica.

Y colgó.

Volví a la sala completamente desmoralizado, hundido en la miseria más total y absoluta. Busqué con la mirada a Gronk y no me fue difícil localizarle. Alrededor de nuestra mesa se había hecho el vacío. Los parroquianos más próximos, a una decena de metros de él, le miraban suspicaces aferrando sus jarras de bebida como si fuesen tesoros sin nombre. Debía haber hecho de las suyas mientras yo telefoneaba.

Me acerqué a la barra y dejé mi billete sobre el mostrador:

—Cóbrese la llamada.

—Son nueve libras —exclamó resplandeciente, dándome una miserable monedita de cambio. La miré desconsolado.

—¿Basta? —suplicó una voz de mastodonte detrás de mí.

¡Qué diablos! ¡Al infierno con todo! Nos emborracharíamos hasta caer redondos al suelo. Ya tendríamos tiempo de lamentarlo en los siglos venideros.

—¡Sí, basta! —exclamé, lanzando la moneda al camarero—. Quiero decir, dos cervezas. ¡Y qué reviente el mundo!

—Sólo tiene dinero para una —respondió, dejando la pinta en el mostrador.

—¡Perfecto! —Sonreí, alargando la mano para cogerla—. Nos la repartiré…

Llegué una décima de segundo tarde. Gronk se la estaba bebiendo de un sorbo.

Siempre podíamos apuntarnos al IRA, o al ejército inglés, o formar una nueva facción contra católicos y protestantes al mismo tiempo. Así equilibraríamos la balanza: dos países contra dos personas. Seguirían estando en ligera desventaja, pero…

El camarero reclamó mi atención:

—¿Se llama Indiana James, amigo?

—¿Cómo?… ¡Oh, sí!

—Le llaman por teléfono.

Parpadeé unas seis mil veces, antes de dar crédito a mis oídos. ¿Qué me llamaban? ¿A mí?

—¿Está seguro que preguntan por mí? —insistí, aún perplejo.

—Razonablemente. Ha dicho que se llama Indiana James y es el único con pinta de pordiosero de toda la clientela.

Flotando en un mar de duda y confusión, troté hasta la cabina telefónica, esperando escuchar una voz cavernosa y celestial, anunciando que sé me perdonaban todos mis pecados. Todo el mundo se pone al día y estábamos lejos de Lourdes.

No era Dios, pero casi. Era Zenna Davis.

—¡Indy, querido!

—Se equivoca, señorita. No soy Indy querido, soy Indy el sableador, Indy el pesado, Indy el gorrón, Indy el…

—¡Vamos, vamos! ¿Es que no sabes aguantar una broma? Ja, ja —la carcajada sonó tan falsa y hueca como la que le diriges a tu cobrador de impuestos.

—¿Cuál era la broma?… ¿Qué me case con el gran jefe indio o que me suicide?

—No seas niño, Indy. Te envío algo de dinero para los primeros gastos. En cuanto llegues a Londres, ponte en contacto con nuestra corresponsalía. Te estarán esperando dos pasajes para Quebec. Mientras viajas hacia Canadá, investigaré la forma más rápida de trasladarse hasta Calgary y reservaré un coche a tu nombre en esa ciudad. ¿Qué te parece?…

!!!

—Una historia interesantísima, Indy. De verdad. Apasionante.

!!!

—¿Indy?… ¿Sigues ahí?

—Euh… yo… mmm… esto…

—Ya puedes ir preparando el equipaje para ponerte en marcha.

Piensa que esperaré impaciente tu primera crónica.

—¡Ah!… ¡Oh!… ¡hum!

—Sabía que te encantaría, cielo.

Ni siquiera escuché el «click» que indicaba que había colgado el teléfono. Estaba absolutamente alucinado.

¿Qué diablos le había pasado? ¿Por qué había cambiado de idea en cinco minutos? No sólo se había molestado en averiguar el teléfono de la taberna, sino que había hablado de Calgary, en Canadá. ¡Y yo no había mencionado esa ciudad en nuestra conversación previa! Algo había hecho que se disparase un relé de su perverso cerebro, algo que se había encargado muy mucho de silenciar.

Pero, en aquellos momentos, los ocultos motivos de un periodista de pacotilla me importaban un pimiento. Gronk y yo teníamos, en nuestras manos, la oportunidad y el dinero para volver a casa. Y no pensaba desaprovechar ninguna de las dos cosas. Ya me preocuparía más tarde de los detalles.

Regresé exultante a la barra.

—¡Una ronda para todos! —grité, henchido de felicidad—. ¡Invito yo!

—¡Ya! —apuntó el camarero—. Usted invita y yo pago.

—¡Tengo dinero, amigo! Bueno, lo tendré mañana, pero…

—¡Entonces, invite mañana! —cortó el tipejo.

—Y si se lo dejo en prenda… —apunté, señalando a Gronk. Debía haber captado mi cambio de humor, porque ya se acercaba a la barra con su jarra vacía en la mano, despejando su camino de clientes con total inconsciencia.

El camarero adquirió un tono cerúleo al ver aproximarse al indio como si fuese un tanque Sherman.

Nos sirvió una ronda más, sin rechistar.

Y gratis.

CAPÍTULO II

Dos días después, cruzábamos el Atlántico en primera clase.

Para amenizar el viaje, se me ocurrió comprar una edición en inglés de mis propias aventuras. No era una edición de lujo, ni con tapas grabadas en oro. Ni siquiera tenía una solapa con mi foto y ficha personal, pero no podía quejarme. Había estado buscando editor hasta la extenuación, pero todos me despedían con una sonrisa de conmiseración, pretextando que mi imaginación era demasiado delirante y que ellos no editaban ciencia-ficción. Finalmente, tuve que conformarme con vender mis experiencias como aventuras de ficción. Y, aun así, descubrí que habían cortado pasajes que parecían demasiado «fantásticos». En fin…

Fue un viaje tranquilo. Demasiado.

Gronk se durmió y fue resbalando por el asiento hasta quedar apoyado en mi hombro. Al principio, el resto de pasajeros me miraban con un rictus de conmiseración. Luego, cuando me vi sepultado por la mole del «jefe» sarcee perdieron todo interés. Debían considerar que no valía la pena molestarse en contemplar un cadáver. Evidentemente, exageraban. Una escayola y unos cuantos meses de reposo me dejarían en perfectas condiciones.

Tan sólo se alarmaron brevemente, cuando Gronk empezó a roncar. Miraban preocupados por las ventanillas buscando la tormenta que producía aquellos truenos tan horrísonos. AI percatarse de dónde procedían, se preocuparon todavía más. Jamás las junturas y remaches de la estructura del avión, fueron tan concienzuda y repetidamente observados por si cedían a la fuerza del «elemento desencadenado».

Los trámites para entrar en Canadá fueron largos y complicados. Gronk se empeñaba en exhibir el pasaporte que le había

proporcionado la embajada canadiense en Inglaterra, a todo empleado con uniforme que se cruzaba en nuestro paso. Los hombres del Servicio de Inmigración lo estudiaron interesados, pero los mozos del aeropuerto y la encargada del lavabo de caballeros estuvieron a punto de perder el cuello al pasar olímpicamente del documento. La actitud de Gronk les obligó a fingir un interés y una devoción que se hallaban muy lejos de sentir.

Un vuelo interior nos dejó en Calgary y, tras una noche de descanso, nos dirigimos hacia la reserva en un flamante Ford que nos estaba esperando desde hacía un par de días.

Yo andaba lleno de ideas románticas, lo reconozco. Y mi decepción fue mayúscula al encontrarme con un pueblo moderno, de calles asfaltadas y llenas de coches. En vano me harté de buscar tipis, caballos y penachos de plumas de águila en las cabezas de los habitantes de Sarceetown, que así se llamaba la pequeña y creciente ciudad.

Nos detuvimos un par de veces para preguntar dónde se encontraba el ayuntamiento, la alcaldía, o el edificio que diablos fuese, en el que localizar las fuerzas vivas de la comunidad. Yo ya estaba acostumbrado a sembrar el asombro y el desconcierto por dondequiera que fuese con aquel oso humano que era Gronk, así que no hice el menor caso a las bocas abiertas, los ojos desorbitados o los balbuceos inconexos de nuestros interlocutores. Los cargué en la cuenta del aspecto de mi excéntrico amigo y me despreocupé.

Mal hecho. Pronto iba a comprobarlo.

Finalmente, conseguimos llegar hasta el despacho del máximo responsable de la reserva. Cuando nos recibió en su despacho, Michael Cloudbear nos contempló unos instantes con el ceño fruncido, antes de exhibir una sonrisa en su rostro aquilino.

Sus rasgos eran indios sin lugar a dudas, pero sus ropas no eran de piel de ciervo o de oso. Llevaba el típico traje gris de cualquier funcionario que se precie y la chaqueta estaba colgada impecablemente del perchero. El chaleco sin mangas, a juego con el traje, dejaba ver una camisa blanca con las mangas ligeramente remangadas.

Extendió una mano hacia mí, visiblemente aliviado:

—Cuando me anunciaron su visita —dijo con un impecable acento inglés— creí que se trataba de un gracioso que pretendía

tomarme el pelo. ¿De verdad se llama usted así?

—El apellido es James… —apunté, imaginándome lo ocurrido.

—¡Ah, ya decía yo! ¡Encantado, señor James!

E, inmediatamente, perdió todo el interés en mí. Se volvió hacia Gronk y soltó una larga parrafada en lo que supuse sería su lengua original. Quizá fue imaginación mía, pero me pareció que la actitud del tal Cloudbear era de respeto extremo, casi firmes. Gronk le respondió en el mismo idioma —supongo— y el representante indio hizo una ligera reverencia, antes de señalarle la única silla vacía que se hallaba frente a su mesa.

—Así que de verdad eres un jefe indio, ¿eh, Gronk? —exclamé risueño, haciéndome polvo la mano al darle un golpecito amistoso en sus anchísimas espaldas.

—¡Sí, jefe, sí! ¡Ja, ja, ja!

Cloudbear se había quedado lívido.

—¿Có… cómo le ha llamado usted?

—No haga caso, son cosas nuestras —le tranquilicé. Por un momento había tenido la impresión que iba a sacar un tomahawk de uno de los cajones de su mesa de despacho y abalanzarse sobre mí pidiendo sangre—. Hace bastante que nos conocemos. Espero no haber cometido ninguna ofensa.

El sarcee no estaba tan seguro como a mí me hubiera gustado. Antes de que pudiera pensársele demasiado, tomé la iniciativa:

—Sé que Gr… bueno, el jefe, llega con dos años de retraso. Pero hasta hace unos días, no sabía quién era él realmente, ni la posición que ocupaba en esta tribu.

—¿Espera alguna recompensa por haberlo traído, señor James? —soltó con toda la desconfianza y mala uva que pueden acumularse en varios siglos de trato con aprovechados, que se creen superiores por tener más pálido el color de la piel.

—No le parto los dientes para darle una oportunidad de pedir perdón, amigo —escupí—. Con la boca llena de sangre es difícil hablar…

Gronk debió deducir por el tono de ambos, que las cosas no marchaban viento en popa, porque se levantó, hundió la mesa de un puñetazo y empezó a vociferar como un energúmeno. Cuando acabó, Cloudbear surgió de las profundidades del sillón donde se había refugiado, musitando lo que tenía todas las trazas de ser una

disculpa temerosa. Luego, se dirigió a mí, lanzando amedrentadas miradas de reojo hacia Gronk.

—Perdone, señor James, pero es que…

—Por mí, es suficiente con eso. Aunque me muera de ganas, no le obligaré a que se lave la boca con ácido clorhídrico.

—Permítame que le explique. Es lo menos que le debo. Nuestra tribu vive unos momentos de extrema tensión y su imprevista aparición me pareció demasiado… oportuna, para ser casual. No han llegado con dos años de retraso, señor James, sino en el proverbial justo a tiempo, como dirían ustedes.

—¿Por qué? —pregunté, lleno de sospechas—. Está claro que han recuperado sus tierras y se han instalado en ellas.

—Sí, pero… no todas. Existen ciertos problemas…

No pudo continuar. Oímos gritos fuera del despacho, golpes, arrastrar de muebles y, un segundo después, se abrió la puerta para dejar paso a dos hombres de las cavernas. O eso me pareció al primer vistazo. Para empezar, tuvieron que ladearse para poder entrar Dudo que, extendiendo mis brazos, hubiera podido alcanzar la anchura de sus espaldas. Y, de querer mantener una conversación con ellos, haría bien en subirme a una silla, si no quería terminar con una tortícolis crónica.

Gronk se levantó de su silla y dio un paso adelante para quedar frente a ellos. Durante unos segundos se estudiaron mutuamente con cara de pocos amigos, como midiendo sus fuerzas. Y, antes de que ninguno parpadease siquiera, yo ya sabía cómo iba a acabar aquello. Cloudbear debía estar sincronizado en mi misma onda, porque extendió ambos brazos, gritando:

—¡No, por favor! ¡Aquí, no!

Demasiado tarde. Uno de aquellos gigantes lanzó su puño contra la mandíbula de Gronk, que no hizo el más mínimo movimiento por apartarse. Encajó el golpe sin moverse un solo milímetro, mientras se escuchaba un crujido de huesos fracturados. ¿Nudillos o mandíbula? No pude averiguarlo, bastante tenía con mantener el equilibrio. Me dio la sensación de que nos sacudía un pequeño temblor de tierra, cuyo epicentro se hallaba en aquella habitación.

Gronk sonrió leve, pero ferozmente, y un hilo de sangre empezó a resbalar por su mentón. Escupió un diente sanguinolento y respondió al ataque. No vi su mano, pero el tipo que le había

golpeado, desapareció como por arte de magia, dejando un agujero en la maciza madera de la puerta como único rastro de su anterior presencia. Durante casi un minuto, escuchamos el crujido de muebles y el desplome de ladrillos. ¡Cristo, debía haber arrasado medio edificio!

La segunda bestia se lo pensó mejor. Levantó las manos y se arrodilló frente a Gronk, agachando la cabeza. El jefe lanzó una de sus estentóreas risotadas y lo cogió por los hombros, levantándole como si fuera una pluma. Yo me aparté de la ventana… Sólo por si acaso elegía aquella trayectoria.

Pero Gronk se limitó a romperle unas cuantas costillas, abrazándole cariñosa y entusiásticamente. Todo había pasado tan deprisa, que no me había dado tiempo a reaccionar. Pero, aunque lo hubiera hecho, este último gesto me hubiera dejado clavado en el suelo. ¿Se amaban o se odiaban? ¿En qué quedábamos?

Gronk soltó una larga parrafada en sarcee. El otro le contestó con otra larga parrafada en sarcee. Y yo juré en hebreo por no enterarme de nada. Me volví hacia Cloudbear buscando una explicación, pero el hombre se estaba dejando caer en el sillón con expresión de absoluta desesperación.

—¡Lo sabía! ¡Sabia que esto pasaría! —Y me miró—. ¡¿No podían haber solucionado sus pequeños asuntillos familiares antes de venir aquí?!

Yo debía tener una expresión de pasmo total, porque se apresuró a añadir:

—Son sus hijos, ¿no lo sabía?

Agité la cabeza de un lado a otro, incapaz de pronunciar una sola palabra. *Eran* sus hijos, hubiera sido una expresión más correcta.

—Si ése es su saludo tradicional, me alegro de no pertenecer a su tribu —conseguí articular por fin.

—¿Eh? ¡Oh, no! ¡Claro que no! —contestó Cloudbear, sin poder evitar la risa—. Es una apuesta privada. El jefe Wiseguy… o como quiera que le llame usted, prometió ceder el puesto a cualquiera de sus hijos que pudiera derribarle de un puñetazo, si éste, a su vez, resistía el suyo. Es sólo un juego, naturalmente, pero…

—Conozco juegos mucho más inocentes. La ruleta rusa, por ejemplo.

—Estoy completamente de acuerdo —accedió el indio—. El jefe creyó que se estaba ablandando demasiado, por eso decidió pasar una temporada en las montañas. De eso hace más de dos años.

Por fin quedaba explicada su aparición en el escenario de caza de aquella pandilla de millonarios, empeñados en colgar una cabeza de mamut encima de la chimenea de su salón[2].

Gronk y su hijo superviviente, habían desaparecido unos segundos. Ahora, regresaban llevando entre ambos al más atrevido. Parecía que le habían maquillado para protagonizar «El hombre-Elefante», pero sonreía feliz. Lo plantaron delante *de mí* y Gronk le señaló con orgullo:

—«Little Mountain» —siseó Gronk, con el aire escapándose por el agujero de su reciente mella. Resplandecía de orgullo.

El aludido extendió una mano vacilante que estreché… mientras reprimía un aullido. Si estando «groggy» me la había hecho picadillo, estando en plenitud de facultades debía ser capaz de acuñar monedas con sólo colocarse en la palma el sello apropiado. Le tocó el turno al segundo:

—«Toughrock» —anunció Gronk.

—«Jau» —saludé, levantando la mano junto a mi cabeza.

Le sentó como un tiro.

—¿Se cree que eso es gracioso? —masculló, taladrándome con la mirada.

—No. Pero quedarse manco todavía lo es menos —expliqué con cara de disculpa.

—¿Han comido? —preguntó Cloudbear, intentando desviar la conversación hacia derroteros menos comprometidos.

—No, todavía no —respondí.

—Bien. Entonces, permítanme que les invite. Así podremos hablar con más tranquilidad, en un ambiente más distendido…

«Muy diplomático», pensé. «La comida amansa a las fieras». ¿O no era así?

Con Gronk y sus hijos precediéndonos, salimos del despacho.

—Mencionó ciertos problemas… —empecé para darle pie.

—¡Oh, sí! El principal escollo gubernamental para devolvemos nuestras tierras, se fundamentaba en la existencia de una base militar. No les apetecía lo más mínimo tener que trasladarla, pero no tuvieron más remedio que rendirse, ante la evidencia de que

estábamos ganando todas sus apelaciones en los tribunales…

—¿Me equivoco al suponer que usted es el picapleitos en jefe? —pregunté, sonriente.

—Algo así. Pocos sarcee han tenido la suerte de poder cursar una carrera universitaria. Algunos, como el jefe Wiseguy, ni siquiera saben hablar inglés. No creyeron que fuese necesario aprenderlo —y suspiró, como toda muestra de desacuerdo. Empezaba a caerme bien—. Poco antes del veredicto final, cuando ya estaban seguros de que iban a perder, nos la jugaron. Hicieron las maletas, retiraron todo el material estratégico y vendieron las instalaciones a una compañía privada norteamericana, una multinacional.

—Entiendo —le interrumpí—. El veredicto vinculaba al gobierno, pero no a los nuevos propietarios.

—Exacto. Ahora, tenemos varios años más por delante de nuevos juicios y nuevas apelaciones. Y la paciencia de la gente se está agotando. Sobre todo, cuando no dejan de presionarla, de provocarla…

—¿Quiénes son los provocadores?

Estábamos descendiendo las escaleras del Ayuntamiento, cuando un fuerte rugido de motores nos llamó la atención.

—¡Ellos! —contestó Cloudbear, al tiempo que señalaba el convoy que se dirigía hacia nosotros.

Estaba compuesto por tres «*jeeps*», abarrotados de hombres con uniforme azul marino, gorras y botas militares. De sus hombros colgaban resplandecientes
«M-15»
automáticos y en el pecho lucían una insignia: las tres elipses cruzadas, emblema del átomo y el nombre de la compañía, Survival Inc.

Tenían todo el aspecto de mercenarios o exboinas verdes. Duros, preparados, competentes sanguinarios.

El primer «*jeep*» se cruzo en el camino de Gronk y sus hijos, frenando en seco. Por lo visto, iban a darme una demostración gratuita de las palabras del abogado sarcee. Pero me equivoqué. El hombre que iba en el asiento contiguo al conductor, saltó ágilmente del vehículo y, haciendo caso omiso del trío de indios que se habían que dado inmóviles, echando chispas por los ojos, se dirigió hacia nosotros.

El tipo se quitó las «Reyban» y las guardó en el bolsillo superior de su mano, mientras nos hablaba con una sonrisa deslumbrante:

—¿Indiana James?

Sé que es la reacción más estúpida y manida del mundo, pero no pude evitar el mirar detrás de mí antes de comprender que había pronunciado *mi* nombre, que se dirigía a *mí*.

Estudié su rostro unos segundos. Apenas unos milímetros de pelo, ojo acerado, mandíbula de portaaviones y nariz de boxeador. Si tuvieran que escoger el prototipo hollywoodiáno para encarnar al perfecto mercenario, frío y cruel, aquel fulano tendría todos los números de la rifa. Incluso el parche del ojo izquierdo le favorecía. No le hacía parecer más guapo, pero si más amenazador. Era una especie de Moshe Dayan cuarentón.

—¿Nos conocemos? —pregunté, todavía asombrado.

—No, pero será un placer… —contestó amablemente, extendiendo la mano derecha.

Se la estaba estrechando, cuando me disparó la izquierda al plexo solar. Apenas sentí el golpe, pero me cortó la respiración el tiempo suficiente para machacarme la sien con la rodilla. No llegué a caer. No me había soltado la mano. Me atrajo hacia él con un tirón y me incrustó el estómago contra la columna vertebral con otro golpe de izquierda.

Gronk y sus hijos reaccionaron inmediatamente, pero no estaban preparados y los hombres de la Survival Inc. sí. El chasquido del seguro de una docena de fusiles-ametralladores vibró en el aire. Si parpadeaban eran hombres muertos.

El mercenario se libró de mí con un simple empujón. Caí hecho un ovillo sobre las escaleras, luchando por conseguir que el aire entrase en mis pulmones. Ni bajo el agua me había sido nunca tan difícil. Aquel hijo de puta sabía muy bien dónde y cómo golpear. Entre la niebla que empañaba mis ojos, le vi señalarme con el brazo extendido, apuntándome con el dedo.

—No le quiero aquí, James. Sabía que llegaba y ahora quiero asegurarme que se va a largar de aquí. Nadie, ningún periodista va a molestar al señor Rhodes, ni va a meter las narices en sus experimentos. ¿Entendido?

—Podemos demandarle por esto, Tusk —intervino Cloudbear.

—Inténtalo, piel roja. Por si no lo sabes, hoy no he salido del

laboratorio. Tengo un montón de hombres que pueden atestiguarlo —y señaló burlonamente, con un amplio ademán del brazo, a los tipos de los vehículos—. Ten cuidado, indio. El próximo «desaparecido» puedes ser tú. ¿Entendido?

Alguien debió contestar, porque el mercenario volvió a su «*jeep*» y yo me encontré rodeado por media tribu sarcee. Al menos, en cuanto a volumen se refiere.

—Supongo que es estúpido preguntarle cómo se encuentra, señor James… —Oí que decía el abogado.

Intenté contestar que sí, pero no encontré el suficiente aire en mis pulmones para hacer vibrar las cuerdas vocales. Terminé asintiendo con la cabeza.

La voz de Tusk se levantó por encima del rugido de los vehículos militares:

—Como dije antes…; ha sido un placer, ¡señor James!

—¿Está seguro que no le conocía ya? —se extrañó uno de los hijos de Gronk.

—S… Sí…

—No se mueva. Llamaré a una ambulancia.

—No. Puedo… puedo caminar…

No me dejaron ni intentarlo. Gronk apartó a los demás como si fuesen colillas y me cogió en brazos. Yo luchaba por aguantar las lágrimas de rabia. Había ido hasta allí para acompañar a Gronk e intentar vender un miserable reportaje a un periódico neoyorquino. No sabía nada de ningún Rhodes. No tenía ni idea de que existiesen problemas, no conocía a ningún mercenario llamado Tusk, ni me importaban un pimiento los experimentos que pudieran llevar a cabo en las cercanas instalaciones…

… pero todo eso era pasado. Había recibido una paliza sin motivo. Y se habían burlado de mí. Y me habían amenazado. Y, sobre todo, habían cometido el más imperdonable de los pecados.

Habían despertado mi curiosidad.

Ahora, era mi turno.

CAPÍTULO III

Cualquiera diría que aquello seguía siendo una base militar. Parecía inexpugnable.

—¿Y no tenéis ni idea de lo que se cuece ahí dentro? —pregunté a la figura que se parapetaba a mi lado.

—No —respondió Cloudbear, el abogado—. Hemos intentado varios requerimientos, basándonos en que manejan material radiactivo, pero no están obligados a contestar.

Habíamos dejado a Gronk y sus muchachos en el pueblo, encargados de aplacar los ánimos de los más exaltados. La mención de Tusk hacia los «desaparecidos» había corrido entre los indios como un reguero de pólvora y más de cien estaban dispuestos a suicidarse intentando arrasar la base. Los mercenarios les habrían barrido amparados en toda clase de legalismos sobre las turbas y la propiedad privada. De momento, no teníamos que preocupamos del problema. Si el jefe y sus hijos se ponían hombro con hombro en medio de la calle. Se bastaban y sobraban para llegar de lado a lado, taponando el paso hasta de las pulgas.

—Me parece muy extraño que desaparezcan una docena de personas y la policía se limite a lavarse las manos —objeté.

—¿Por qué? —preguntó a su vez Cloudbear—. No somos un pueblo rico, Indiana. Sin ir más lejos, en Calgary existen mil oportunidades más para los jóvenes, por no mencionar Quebec, Montreal o Toronto. Sabemos positivamente que al menos un par trabajan en los bosques. No eran los primeros que hacían las maletas y se marchaban sin decir nada… ni serán los últimos.

—Está bien —accedí de mala gana—. Concentrémonos en la base. ¿Qué tal por la noche?

—La situación no mejora. Tienen focos que iluminan hasta 10

metros delante y detrás de las alambradas como si fuese de día.

—Y, por supuesto, viven ahí.

—Por supuesto. Las pocas veces que van al pueblo no suelen ser muy amistosos. Llegan en manada y únicamente por alguna situación de emergencia.

—¿Suministros? ¿Material? —empezaba a desesperarme.

—Llegan una vez por semana de Calgary En camiones de la propia compañía y, habitualmente, de noche.

—¡Mmm…! Quizá podamos hacer algo con eso.

—Imposible —objetó el abogado—. Ya intentamos sobornar a algunos conductores o empleados del convoy. Sólo conseguimos insultos.

—¿Y quién ha hablado de sobornos? Nos colaremos en el convoy. Y sin que se den cuenta.

La extrañeza de Cloudbear me levantó el ánimo. El viejo Indy podía servir de vez en cuando de *punching*-ball, pero seguía teniendo sus golpes secretos.

Dos días más tarde, después de pasar cinco horas en una cuneta con varios palmos de nieve, mi idea ya no me parecía tan genial. Más bien tenía aspecto de descabellada, suicida, y helada.

Habíamos tenido tiempo de preparar unas cuantas ventosas electromagnéticas. De ínfima potencia, pero suficientes para sostener un peso de noventa kilos —mi peso—, unos cuantos minutos. Medio pueblo sarcee se encargaría de encender una hoguera en la carretera y armar el jaleo necesario para que pudiera arrastrarme bajo uno de los camiones y hacer de lapa. Una vez dentro de la base, improvisaría. Como siempre.

Gronk se había empeñado en acompañarme y necesité toda mi fuerza de persuasión, más la muscular de 20 personas y un par de toneles de cerveza, para convencerle que sería mejor que entrase solo. Si conseguía un uniforme, no me sería muy difícil pasar desapercibido cierto tiempo. El necesario —esperaba— para echar un vistazo a interior de las instalaciones. Ya me estaba felicitando por la fuerza de mi dialéctica, cuando me dijeron que ahorrase saliva. No había enmudecido ante mis razonables argumentos. Se había quedado dormido a causa de la borrachera.

Estaba distraído midiendo la longitud de los carámbanos de mi nariz, cuando varios pares de luces aparecieron en la lejanía.

Pudimos contar hasta ocho, antes que nos llegase el sonido de los motores.

A mi señal, los sarcee atravesaron varios troncos en la congelada carretera y los rociaron de gasolina.

Esperamos. El primer camión apenas se encontraba a cincuenta metros, cuando estalló rabiosamente la llamarada. El chirrido de los frenos llenó la atmósfera y el convoy dio la impresión de ser un gigantesco gusano borracho. La nieve hacía que resbalasen las ruedas y se produjeron algunos pequeños choques sin más importancia, antes de que los camiones se detuvieran.

Mientras los indios se alejaban aullando para atraer la atención de los hombres de escolta, repté por el talud del arcén y me dejé caer, rodando, por la pendiente de nieve. Cuando acabó mi impulso, me encontraba debajo de uno de los vehículos.

Escuché gritos, maldiciones y unos cuantos tiros, seguramente más rabiosos que efectivos. Esperé que no hubieran alcanzado a nadie, pero los estampidos me sirvieron para cubrir el golpe de mis ventosas contra la chapa inferior del camión.

—Ya nos advirtieron que a lo mejor intentaban alguna tontería… —decía una voz.

—¡Bah! ¡Para lo que les va a servir! —contestaba otra.

—¡A ver, tú! —ordenó una tercera—. Embiste esos troncos y apártalos del camino. Ya no viene de una abolladura más o menos…

Las puertas de los camiones se cerraron y los motores empezaron a arrancar.

En ese instante, desde mi forzada posición, pude ver deslizarse una sombra por la nieve, hasta desaparecer bajo el camión inmediatamente posterior. Una sombra enorme, gigantesca, desmesurada… ¡Mierda, Gronk había decidido unirse a la fiesta! ¡Podía estropearlo todo!

El convoy reanudó su avance para volver a detenerse, diez minutos después, ante las puertas de la antigua base. Un breve lapso de tiempo y entramos en las instalaciones. Una vez dentro, la caravana se dividió en dos partes, dirigiéndose hacia edificios opuestos. Para mí, no podía resultar mejor. Mi camión era el último de su grupo y nadie podría observarme cuando me desprendiera de su parte inferior, pero Gronk…

Solté las ventosas de los pies y, aprovechando el paso por un terreno poco iluminado, hice lo propio con las de las manos. El golpe fue más violento de lo que me imaginaba. El suelo no estaba cubierto de nieve y reboté ligeramente hacia un lado. Las ruedas traseras del camión mordieron la visera de mi gorra, arrancándomela de la cabeza. Un poco más y mi poco seso le hubiera hecho compañía.

Me incorporé y corrí al abrigo del edificio más cercano. No se oyó ninguna voz de alarma, ni los focos convergieron hacia mí. Todo había salido perfecto. Ahora, mi principal preocupación, ¡maldita sea!, era buscar a Gronk y rezar por encontrarlo antes que Tusk o alguno de sus sicarios. Sus
«M-15»
me habían parecido demasiado bien engrasados para confiar en el viejo truco del encasquillamiento oportuno. Y. una vez empezasen a descargar los camiones, aquello estaría demasiado transitado para poder pasar desapercibido. A no ser que le tomasen por otro camión. Tampoco era tan difícil.

Estaba quitándome las ventosas, cuando un brazo de oso pasó por mi cintura y me sentí alzado por los aires. Hubiera gritado, instintivamente, si una mano no me hubiera tapado la boca. O ésa suponía que era su intención. Lo cierto es que me tapó hasta los ojos. Me tranquilicé de inmediato. No tuve que escuchar su susurró: «¿gronk?», para saber de quién se trataba.

En cuanto mis pies volvieron a tocar suelo, me giré como una exhalación, dispuesto a lanzarle la mayor bronca de su vida. Pero me contuve. Allí estaba, con su desarmante sonrisa infantil, henchido de satisfacción y chorreando sangre por la frente. Al parecer, su aterrizaje no había sido tan bueno como el mío. De la rodilla hacia abajo, había envuelto sus piernas en ropa, que ahora colgaba hecha jirones. Sus manos, por supuesto, no empuñaban ventosas como las mías.

Prefería no imaginar cómo o por dónde había conseguido sujetarse al camión, pero era evidente que las piernas habían arrastrado por la congelada carretera todo el camino. ¡Cristo, ¿qué se le puede decir a alguien tan loco que, además, no te entiende?!

—Escucha, Gronk —empecé, armándome de paciencia—. Tienes que quedarte aquí, escondido. No puedes venir conmigo…

—¡Conmigo! ¡Sí, conmigo! ¡Ja, ja, ja! —repitió animosamente, pasando su brazo por encima de mis hombros y empezando a caminar.

—¡No, Gronk! ¡Esta vez, no! ¡Quédate aquí! ¡Quédate!

—¿Quédate? ¿Aquí? —Y bizqueaba intensamente.

Me agaché y empecé a amontonar nieve alrededor de sus pies, palmeándola para endurecerla. Al levantarme, señalé el bloque con energía.

—¡Aquí! ¡Sin moverte!

Di media vuelta y seguí la pared del edificio, pegándome lo más posible a ella. Sólo me detuve un instante para echar la vista atrás. Gronk seguía inmóvil, mirando alternativamente hacia sus pies y hacia mí. Cada vez que contemplaba sus extremidades, un leve estremecimiento de frío recorría su masiva forma. No pude reprimir una sonrisa.

Necesitaba un uniforme. Y deprisa. Pero no veía ningún mercenario por allí.

No lo veía, pero eso no quería decir que no estuviera. Lo supe, cuando el frío cañón de un
«M-15»
se apoyó en mi cabeza.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Quién tenemos aquí? —Era una voz, pero parecía el chirrido de una sierra mecánica.

—¡Aquí!... ¡¡¡Aquí!!! —resonó a nuestras espaldas, estentóreamente.

La presión sobre mi cráneo desapareció, al tiempo que se escuchaban los precipitados pasos de un elefante desbocado. Me giré, cuando Gronk se abalanzaba sobre nosotros y el mercenario apuntaba su rifle contra él. No llegaría a tiempo. Le partiría en dos.

Lancé una patada a la entrepierna del tipo y vi con satisfacción cómo se levantaba un metro del suelo, lanzando un gemido agónico, en vez de soltar un grito de aviso. No tuve que hacer nada más. Medio segundo después, la embestida de Gronk se lo llevó por delante, hasta que ambos chocaron contra el muro del edificio. El crujido de huesos fue espantoso. Y no se trataba de los del indio.

Gronk dio un paso atrás, alzando el puño, pero no llegó a descargar el golpe. El mercenario no se movió. Ni siquiera se deslizó lentamente al suelo como suele ser normal. Permaneció allí,

incrustado contra el cemento. Tuvimos que rascarle de la pared como si fuera una vulgar mosca, antes de quitarle el uniforme. Me estaba un poco grande, pero me pareció maravilloso. Sobre todo por la gorra. En caso de apuro, podría calármela hasta la mandíbula.

Señalé al mercenario, me señalé un ojo y volví a apilar nieve junto a los pies de Gronk:

—Vigílale, ¿de acuerdo? Piensa en lo muy muy importante que es tu misión. Si despierta… —Y pasé el dedo por mi garganta.

No esperé respuesta y me alejé con decisión de la pareja. Cuando lancé un furtivo vistazo atrás, Gronk no se había movido. Contemplaba extrañado aquel montón de huesos astillados, preguntándose cómo podría cortarle el cuello a aquel pingajo humano. Incluso lo sacudió levemente cogiéndolo de la pechera de su camisa. El mercenario parecía una marioneta sin hitos y Gronk se encogió de hombros.

Bien, ¿por dónde empezar? La enorme base se extendía a mi alrededor casi silente. Sólo se veía cierta agitación en los dos puntos de descarga hacia los que se habían dirigido los camiones. Deseché el medio convoy de suministros habituales y me decidí por el de maquinaria. Al fin y al cabo, si quería averiguar qué clase de experimentos podían estar realizando allí, poca información obtendría de latas de judías y cajas de cereales.

El mayor riesgo era que reparasen en mí y quisieran obligarme a que echase una mano, pero debía asumirlo. Afortunadamente, excepto unas cuantas miradas asesinas, nadie me dirigió la palabra. Los adorables chicos de Tusk debían escurrir el bulto a la menor oportunidad.

Permanecer en medio de aquel tráfico de hombres y mercancía era demasiado peligroso, así que me dirigí hacia el ascensor más próximo y cerré las puertas lo más rápidamente posible. Según los indicadores, tenía cuatro pisos por debajo de mí. Mientras pudiera, actuaría metódicamente. Empezaría por abajo, para ir ascendiendo poco a poco.

El último piso, el más profundo, parecía solitario. Cuando atisbé disimuladamente desde el ascensor, sólo pude ver un largo y vacio pasillo pintado de blanco, con las bocas de otros corredores que surgían de él. Me metí por el primero.

Nada. Las puertas que encontraba se hallaban cerradas y no

podía arriesgarme a forzarlas. En el segundo pasillo conseguí acceso a lo que parecían muy bien provistos quirófanos. Aquello debía ser la sección médica.

Iba a explorar el último corredor, cuando, de repente, aparecieron dos tipos vestidos con batas de laboratorio, de una puerta que se hallaba al fondo. Estaban muy concentrados en los papeles que llevaba uno de ellos en las manos y tuve tiempo de retroceder hasta la esquina sin que notasen mi presencia. Desaparecieron en el ascensor.

Mientras avanzaba por el pasillo, creí escuchar un leve rumor en el ambiente. Parecían los sonidos amplificados de una variedad de insectos: el frotar de élitros, el chasquido de mandíbulas, el sordo golpeteo de minúsculas patitas.

Miré a mi alrededor, buscando en vano la fuente de ruidos. Se supone que una inexpugnable base militar ha de estar resguardada de la invasión de cualquier enjambre de abejas o escarabajos peloteros y aquélla parecía estarlo. Pero, a medida que me acercaba a la puerta, el rumor iba aumentando de volumen, acompañado de cierto olor a fetidez, a descomposición orgánica…

Empuñé el rifle y entreabrí la puerta unos milímetros. El interior estaba a oscuras, no había nadie. Me deslicé en la habitación y, de inmediato, el sonido aumentó de volumen. Una oleada de chasquidos, «clicketeos» y batir de alas me ensordeció. El hedor se volvió casi insoportable. Fuera lo que fuese lo que había allí, había detectado mi presencia, provocando una agitación inusitada.

No me atreví a dar un solo paso. Tanteé lentamente la pared junto a mí buscando el conmutador de la luz.

Cuando lo encontré, apoyé el «M-15» en mi cadera y presioné ligeramente el gatillo, dispuesto a barrer todo lo que se hallase frente a mí.

Una lúgubre luz roja inundó la sala.

Era enorme y debía haber servido como almacén de misiles, bombas, no sé. Ahora, contenía algo muy distinto.

Eran jaulas. Cientos de ellas. Y, en su interior, algo se movía.

Eran formas enormes, oscuras. Algunas, macizas, redondeadas; otras, gráciles y furtivas. Eran… ¡*eran insectos*! Pero insectos enormes, monstruosos, desproporcionados, de un tamaño imposible,

casi humano. Parecían los extras de una mala película de SF de los años 50.

Mientras intentaba acostumbrarme a la luz roja, la agitación que había producido mí presencia se fue calmando lentamente, aunque la pestilencia ambiental se mantuvo intacta.

Me acerqué lentamente a la jaula más próxima para observar con atención a su ocupante. Sí, era un insecto… una *especie* de insecto. No correspondía exactamente a ninguna de las que yo recordaba, pero supongo que es imposible conocerlas todas. Permanecía estático, mirándome con ojos casi humanos en un rostro triangular, quitinoso, rematado por un amasijo de pequeños tentáculos en torno a su boca.

¿Cómo habrían conseguido dotarle de aquel tamaño? ¿Era éste el objetivo que buscaban, una colección de insectos elefantíacos? ¿Por qué? ¿Para qué?

Me había ensimismado demasiado en mis pensamientos. De repente, con una velocidad relampagueante, las pinzas delanteras de aquel monstruo se dispararon hacia mi garganta, pasando entre los barrotes de la jaula.

Apenas tuve tiempo de echar la cabeza hacia atrás. La punta de las pinzas trazó un sendero sangriento en la carne, aunque poco, profundo. La criatura se lanzó una y otra vez contra los barrotes, frenética, abriendo y cerrando las pinzas con un chasquido estremecedor. Eran muy capaces de haberme cortado el cuello como una guillotina.

Me apoyé contra la pared, sudando por todos los poros de mi cuerpo. La sangre resbalaba por mi piel, bajo la ropa, empezando a empaparla. Saqué un pañuelo y lo anudé como un «foulard» para contener la pequeña hemorragia.

Me disponía a salir de nuevo al pasillo, cuando se me congeló la sangre en las venas. Detrás de mí, con un extraño sonido aflautado, entrecortado, como surgida de una garganta inhumana, se oyó una frase:

—¡Malditos seáis!

Me giré asustado, pero allí no había nadie. Sólo las bestias, aquellos grotescos insectos. Mis ojos se cruzaron con los de la criatura que había intentado matarme y no sé cómo, supe, sin lugar a dudas…

… ¡que había sido ella la que había hablado!

CAPÍTULO IV

La escandalosa sirena de la alarma atronó las instalaciones.

Y, paradójicamente, sentí un alivio infinito. Pensé que había tenido suerte, que aquella señal de peligro me arrancaba del abismo de la locura en el que había estado a punto de sumergirme.

¡No podía ser cierto! ¡Aquel engendro obsceno no podía haber hablado! ¡Todo eran imaginaciones mías!

Deseché aquella quimera de mi mente y me concentré en lo más inmediato. ¿Me habían descubierto a mí o a Gronk? ¿Quizá habían notado la falta del mercenario que me había «prestado» el uniforme? Fuera como fuese, tenía que moverme deprisa.

Pasé por delante del ascensor sin llamarlo. Tenía demasiado parecido con un ataúd para sentirme confortable en él. Si me descubrían allí dentro, estaba perdido. Localicé las escaleras y empecé a subirlas de tres en tres, a toda velocidad.

Tercer sótano. Vacío. Seguí subiendo.

Y se me acabó la suerte. AI llegar al segundo sótano, casi me topé de bruces con media docena de hombres que bajaban en dirección contraria. Hacia mí. Quité el seguro de mi sub-fusil, preparándome para disparar.

Pero no me hicieron el menor caso. Sólo uno de ellos, me golpeó amistosamente el hombro, al tiempo que gritaba:

—¡No te quedes ahí parado! ¡Nos necesitan a todos!

Quizá estaba cometiendo una estupidez, pero les seguí. No tardé mucho en ver confirmados mis temores. Allí, en medio de uno de los amplios pasillos, se hallaba Gronk rodeado de mercenarios. La carga de un grupo le sepultó por un instante, pero, al siguiente, los cuerpos volaban en todas direcciones. Bueno, casi todos.

El jefe indio sostenía a uno por la garganta y pude oír el

chasquido de su columna vertebral con total nitidez. Gronk lo levantó por encima de su cabeza y lo utilizó a modo de maza contra los que se abalanzaban sobre él, salpicando de sangre las blancas paredes. Aquello era una salvaje carnicería.

Los mercenarios, envalentonados por su número, cargaron de nuevo contra el intruso, utilizando porras y las culatas de sus rifles. Estaban demasiado próximos para utilizar sus armas. Si alguien hubiera tenido la genial idea de apretar el gatillo.

Gronk saltaría hecho pedazos… junto a una docena más de hombres.

Gronk lanzó su ariete humano contra el pelotón que avanzaba hacia él frenándolos en seco, antes de saltar en medio del tumulto, moviendo sus brazos como aspas de molino, machacando cráneos, reventando hígados y recibiendo el castigo inmisericorde de aquellos asesinos.

Yo no sabía qué hacer. No podía dejarle en aquella situación, pero estaba rodeado de enemigos. Si intervenía a su favor, no duraría un solo segundo en pie. Y mi fortaleza no era la de mi compañero. Me masacrarían sin piedad.

Tusk decidió por mí. Debió llegar de los últimos y su voz se dejó oír desde nuestra retaguardia:

—¡Basta! ¡Bastaaaaa!… ¿Os habéis vuelto locos?

Sus hombres retrocedieron al instante, alejándose del alcance de Gronk. Éste, tambaleante, sangrando por una docena de heridas, al ver que sus enemigos se escapaban, se dedicó a machacar a todo aquel que gemía o se retorcía en el suelo. Un solo golpe bastaba.

Cuando terminó su macabra tarea, miró a derecha e izquierda. Estaba acorralado y lo sabía. Una docena de armas apuntaban hacia él. En sus ojos brilló el fuego de quien estaba dispuesto a morir matando. Junto a mí, Tusk lanzó una carcajada:

—¡Lástima! Al señor Rhodes le hubiera encantado conocerte. —Desenfundó lentamente su revólver y lo amartilló, extendiendo los brazos—. Pero, como decían nuestros sabios abuelos: el único indio bueno, es el…

—¡Noooo! —grité, dando un salto hacia delante.

Gronk se preparó para hacerme frente, abriendo y cerrando las manos hasta descubrir, en el último segundo, que era yo. Bajó ligeramente la guardia y empezó a esbozar una sonrisa.

No le dejé terminarla. Levanté la culata de mi y le golpeé la barbilla de abajo-arriba, sintiendo que se me revolvían las tripas. Con los ojos velados, al borde de la inconsciencia, el indio me miró con una expresión de asombro infinito y abrió la boca para decir algo. Volví a golpearle en la cabeza y se derrumbó sin exhalar un solo gemido.

Tragué bilis, enfermo de rabia y vergüenza, pero no me había dejado otra opción. Sentí que una mano se apoyaba en mí hombro y me daba unos amigables golpecitos, mientras la voz de Tusk repetía: «¡Bien, muy bien, muchacho! ¡Muy bien!».

Estaba a punto de mandarlo a la mierda y empezar a disparar contra todo lo que se pusiera por delante, cuando los mercenarios se movieron, abriendo sus filas, para dejar paso a un individuo con bata blanca. Llevaba el pelo un poco largo, revuelto, de un color marrón salpicado de varias hebras blancas. La barba y el bigote, más canosos todavía, enmarcaban un rostro afilado, cuyo rasgo más característico eran los ojos. Unos ojos enormes, enfebrecidos, con un visible toque de ansiedad y locura. Rhodes, no había duda.

Sin hacer el menor caso de los hombres caídos en torno a Gronk, se agachó junto a él interesado.

—¿Quién es éste? —preguntó con voz enronquecida.

—Un intruso —respondió Tusk, con el mayor de los desprecios —. El que llegó hace unos días a Sarceetown con ese James del que nos hablaron…

Rhodes examinaba a Gronk como un científico a un interesante ejemplar de una raza desconocida. Le palpaba aquí y allá, daba ligeros golpecitos en sus huesos, ajeno a las explicaciones que él mismo había pedido:

—¡Excelente espécimen!… ¡Realmente excelente! —susurraba en voz baja, de vez en cuando—. Creo que podremos hacer grandes cosas con él. Sí, grandes cosas… Muy interesante.

Quizá fue mi imaginación, pero creí ver que Tusk, el duro mercenario, el insensible soldado de fortuna, se agitaba levemente como recorrido por un escalofrío irrefrenable.

—Parece que es el jefe legítimo de la tribu, señor Rhodes… —apuntó con un repentino temblor en la voz.

El científico alzó los ojos, clavándolos en su empleado con una fiereza retadora:

—¡¿Y qué?!… ¿Tiene algo que objetar, Tusk?

Sólo le respondió el silencio.

—¡Lleváoslo al laboratorio! —ordenó con un gesto seco, a los hombres que se encontraban más cerca de él.

Había dicho «al laboratorio». ¿Qué se proponía hacer con Gronk? ¿Podía ser cierto lo que había sospechado en aquel almacén? ¿Podían ser aquellos seres de pesadilla, las víctimas de Rhodes? No, era demasiado horroroso para ser verdad. El doctor Frankenstein, al fin y al cabo, sólo era un personaje literario.

Intenté unirme a los hombres que se disponían a cargar con Gronk, pero llegué demasiado tarde. No me necesitaban. El resto de mercenarios empezaba a desperdigarse, de vuelta a sus camas o sus puestos habituales y hubiera llamado demasiado la atención de quedarme allí plantado como un pino.

Empecé a pensar furiosa, desesperadamente. Tenía que encontrar la manera de sacar de allí a mi amigo. Y sacarlo entero. Antes de que aquel desquiciado pudiera ponerle las manos encima y hacer con él Cristo sabe qué.

El rugido de los camiones me encendió la bombilla. Estaban a punto de reagruparse para abandonar la base. Si me daba prisa.

Corrí hacia el segundo punto de descarga, donde sólo quedaban un par de mercenarios terminando de entrar las cajas en el edificio. Al verme, levantaron las manos en un gesto de saludo:

—¡Eh! ¿Te has enterado a qué venía todo ese jaleo?

—Sí. Se había colado un intruso —respondí, sin aminorar la marcha.

—¡¿Un intruso?! —preguntaron al unísono, extrañados—. ¿Quién?

—¡Yo! —grité con salvaje alegría, antes de hundir mi subfusil en las costillas del primero—. ¡Soy yo, cerdos! —Y le rompí el cuello al segundo.

Penetré en tromba dentro del edificio, buscando más hombres, pero no había ninguno. Sí encontré, en cambio, lo que buscaba. En un rincón, separadas del resto de la nave por una reja metálica, se apilaban varias decenas de cajas con municiones. Hice saltar la cerradura a culatazos y abrí una caja tras otra. Balas, más balas, pistolas… ¡y granadas!

No quise reprimir un aullido de júbilo. Cogí varios cargadores de

recambio para mi
«M-15»
y me llené los bolsillos de granadas. Ahora, todo dependía de mi velocidad.

Los camiones de material científico se ponían en marcha en aquel instante para unirse a los demás. Su carga, más delicada y menos manejable, les había retrasado unos minutos. Sin contar la aparición de Gronk en aquel edificio. Seguramente, habrían abandonado lo que tenían entre manos para saltar como lobos sobre el jefe indio.

Quité el seguro de una granada, conté hasta tres y la lancé al interior de la nave, entre las cajas de armamento. Por más que galopé, no pude esquivar la onda expansiva. Primero se produjo una explosión corta y sorda. Medio segundo después, el techo y las paredes del edificio se pulverizaron como si fuesen la tapadera del mayor volcán de la Tierra, incapaz de resistir la furia de las entrañas del planeta.

Me vi arrastrado hacia delante, en medio de un torrente de cascotes, piezas metálicas, cristales y astillas. Apenas escuché un segundo la increíble explosión. Después, me quedé sordo, luchando por no perder la consciencia.

Intenté levantarme, pero no pude. Me fallaban las piernas. Los mercenarios empezaron a surgir de sus madrigueras como hormigas de su colonia y varios me divisaron. Corrieron hacia mí. Quise segarlos con una ráfaga, pero me di cuenta que ya no tenía el subfusil entre las manos. Se encontraba a varios metros de distancia. Demasiados. Nunca llegaría a tiempo.

Apreté las mandíbulas y palpé torpemente mis bolsillos. Sí, seguía teniendo las granadas. Podría morir, pero me llevaría un buen puñado de aquellos tipos conmigo. Apenas se encontraban a unos cuantos metros. Tanteé el seguro y ya me disponía a soltarlo, cuando el primero de los mercenarios se arrodilló junto a mí:

—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha sido? —preguntó solícito.

Estuve a punto de soltar una carcajada demencial. ¡Por supuesto! Yo llevaba su mismo uniforme y estaba tirado en medio de los restos del almacén… ¡para ellos, no era el causante de la explosión, sino una de sus víctimas!

—¡Esos piojosos indios! —Escupí con rabia, que no captaron que

se debía a su presencia—. ¡Nos atacan! ¡Están por todas partes!

—¡Mierda! ¡Debimos suponer que aquél no venía solo!

Y se dispersaron en busca del enemigo fantasma.

—¡No te muevas! ¡Avisaremos a la enfermería!

¡Y un cuerno me iba a quedar allí! No tenía nada serio, aparte de algunas contusiones y rasguños, aunque me daba la impresión de que todos mis órganos internos habían cambiado de posición y bailaban una animada rumba. Tenía que seguir creando confusión. Cuanta más, mejor.

Lancé en rápida sucesión, una dos, tres granadas contra la puerta de entrada a la base. Las explosiones la arrancaron de sus goznes, haciéndola volar por los aires. A mis espaldas, empezaron a escucharse gritos y ráfagas de ametralladora. Si ellos no sabían que se estaban disparando entre sí no sería yo quien les sacaría de su error.

Una cosa más: los focos. Destrocé todos los que pude con el cargador de mi arma. Aquello, más la voladura de la entrada, les haría creer que se preparaba una entrada masiva de atacantes. Perfecto.

Mientras corría hacia el edificio donde se encontraba Gronk, coloqué un nuevo cargador. Cada vez que alguien disparaba, yo contestaba con una descarga hacia todo lo que se moviera. Todavía me faltaban una veintena de metros para llegar a mi objetivo, cuando sentí que el suelo se movía bajo mis pies. Perdí el equilibrio y caí de lado antes de darme cuenta de lo que ocurría.

Me encontraba encima de un hangar subterráneo, cuyo techo estaba abriéndose lentamente. Eché un vistazo hacia abajo y divisé un helicóptero cuyas aspas empezaban a girar, cada vez a mayor velocidad. Las ratas pretendían abandonar el barco. Bien, yo haría que se hundieran con él. Preparé la última granada y, estaba a punto de lanzarla, cuando frené en seco. Adosada a una de las patas, vi una especie de camilla y a un hombre en ella. Un cuerpo demasiado grande para pertenecer a una persona normal.

¡Maldita sea, era Gronk! ¡Se lo estaban llevando!

El helicóptero empezó a ascender y tuve que apartarme para que las aspas del motor no me hicieran pedazos. El torbellino me impulsó a varios metros de distancia sin que pudiera anclarme en ningún sitio. Cuando conseguí hincar una rodilla en tierra, el

aparato ya se había elevado a varios metros de altura. Podía dispararles o volarles, estaban demasiado cerca para fallar. Pero eso supondría la muerte segura de Gronk.

Impotente, maldije con todas mis fuerzas a Rhodes, a Tusk, al helicóptero y a las mismas estrellas, vaciando toda mi rabia en inútiles gritos.

Cuando recuperé la cordura, las cosas se habían puesto feas. El tiroteo había terminado y los mercenarios se miraban unos a otros atónitos, preguntándose mutuamente qué diablos estaban haciendo y dónde se encontraba el famoso enemigo. Tenía que hacer algo, antes de que descubriesen la tomadura de pelo.

Alcé el fusil por encima de mi cabeza para atraer la atención de los demás y grité:

—¡Se escapan! ¡Todos tras ellos! ¡Démosles una lección a esos salvajes!

Y solté un aullido glorioso, mientras empezaba a correr hacia uno de los «*jeeps*». Aquella banda de verdaderos «salvajes» coreó mi aullido entusiásticamente y me siguió como un solo hombre. Enternecedor.

Puse el motor en marcha, intentando ser el primero para escurrir el bulto, pero un par de mercenarios saltaron al vehículo, gritando como locos.

—¡Pisa a fondo, muchacho! ¡Vamos a aplastarles!

—¡Dios, que ganas tenía de cortarles sus asquerosas cabelleras grasientas!

Pisé a fondo como querían. Y de improviso… pero no conseguí sacármelos de encima. AI contrario, la sacudida les exacerbó más todavía y aullaron a la Luna. Enfilé hacia las destrozadas puertas, aumentando la velocidad al máximo. El «*jeep*» pasó por encima de una de ellas y brincó como un saltamontes. Esta vez sí, esta vez conseguí desprenderme de ellos. De uno, al menos. El que estaba sentado junto a mí, resistió el embate.

Frené en seco y ambos miramos hacia atrás.

—¡Joder, que golpe más bestia! —exclamó, divertido.

—Ve a ver si se ha hecho daño —sugerí, dándole unas palmaditas en la espalda, mientras deslizaba mi última granada en su bolsillo. Como soy muy sentimental, me quedé la anilla de seguridad en la mano—. Y dale recuerdos a los angelitos.

Me miró extrañado un segundo y se reunió con su compañero. Yo ya estaba a veinte metros de distancia, cuando saltaron gozosamente por los aires para cumplir mi encargo.

Pasarían una noche divertida pateándose la nieve en busca de los «astutos pieles rojas», los «maestros del camuflaje». Que les fuera bien. Ya tenía bastante preocupándome por Gronk. No tenía ni idea de dónde podían habérselo llevado, como prefería no tener ni idea de para qué, como tampoco sabía el motivo de su «caluroso» recibimiento…

… no. Mentira. *Sí* lo sabía.

Tusk había recalcado que ni yo ni ningún «periodista», metería las narices, etc., etc., etc. ¿Por qué sacar a la prensa? Porque habían recibido información de un periodista, de la única persona que sabía cómo y cuándo llegaríamos a Sarceetown. Y lo sabía, porque ella misma me había proporcionado los medios para llegar…

… ¡Zenna Davis!

Iba a ser una conversación muy interesante.

CAPÍTULO V

—¡¡¡Indy!!!

El grito le salió del alma. Seguro que, cuando abrió la puerta de su apartamento, hubiera esperado ver al mismísimo diablo antes que a mí.

—¿Qué… qué haces aquí?

—¡Imagínatelo! —Escupí, empujando la puerta para poder pasar. Nada delicadamente, lo reconozco. Salió trastabillada hacia atrás y, no midió el suelo cuan larga era, gracias a un figurín que se apresuró a cogerla.

—¡Espera, lndy, espera un momento! —gritó, intentando recomponer su vestido—. ¡Te equivocas!

—¿Ah, sí?

La situación no era precisamente amable y el figurín se sintió en la obligación de intervenir:

—¿Te molesta este tipo, Zenna?

La periodista se limitó a fulminarle con la mirada. Hasta él comprendió que no había sido una pregunta demasiado inteligente. Volvió a la carga:

—¿Quieres que lo eche? —Y sonrió. Si, aquello era mucho más brillante y masculino.

—Todavía tienes que comer muchos kilos de hamburguesas para eso, querido —replicó Zenna, mordaz.

«Figurín» titubeó. Intuía que aquello había sido un insulto, pero no estaba demasiado seguro Le eché una mano. No tenía tiempo.

—¿Por qué no le largas a hacer posturitas al gimnasio, nene? La señorita y yo tenemos cosas importantes de qué hablar. Luego, ya te arroparemos y te contaremos el cuento de «Blancanieves y las 7 Vitaminas», ¿vale?

Aquello le decidió. Cuadró los hombros y avanzo un paso hacia mí, entornando los ojos a lo Charles Bronson o Clint Eastwood.

Le recibí con un par de rápidas bofetadas derecho-revés, derecho-revés. Todavía se estaba preguntando con que mano le había pegado, cuando le clavé la punta de mi bota en la entrepierna. Se dobló como si tuviera una bisagra en los riñones. Nunca falla, todos se doblan. Hasta yo.

Iba a hacerle puré su cuidado rostro, pero Zenna empezó un ademán de súplica que no llegó a terminar Tenía razón Aquel pobre chico no era responsable de toda la rabia y amargura que yo sentía en aquellos momentos. Cogí su corbata y estiré de ella para que me siguiera. Aún doblado sobre sí mismo, con las manos demasiado ocupadas en apretar cierta parte dolorida, me siguió balanceándose como un chimpancé amaestrado hasta salir del apartamento. Cerré la puerta.

En el entreacto, Zenna había recuperado parte de su aplomo. Encendió un cigarrillo con parsimonia y soltó el humo lánguidamente antes de preguntar:

—¿Qué te pasa? ¿Vienes a dictarme tu reportaje en persona?

Extendí la palma de la mano y le aplasté el cigarrillo en la cara.

La periodista dio un salto atrás, quitándose histéricamente las brasas de la cara y el vestido.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco?

—Si.

Ya la volvía a tener donde quería.

—¿Qué tienes que ver con Rhodes y su patrulla de sanguinarios?

—Nada, Indy. Absolutamente nada.

—¿Por qué les avisaste?

Zenna soltó un bufido y dejó caer los hombros, vencida.

—Te hicieron un recibimiento especial, ¿eh?

—Algo así.

—Está bien, está bien. Te contaré todo lo que sé. Pero te juro una cosa, Indy, no pretendía jugar sucio…

El principio ya lo había deducido yo solito. El nombre de la tribu, «sarcee», había hecho sonar campanas en la ordenada memoria de Zenna. Una breve comprobación en el archivo le puso al tanto de lo que el abogado Cloudbear me había contado a mí. Pero también averiguó una cosa, quién era el propietario de la

Survival Inc.

—Un científico brillante, Indy, muy brillante —prosiguió— hasta que la muerte de su esposa le volvió medio loco. Ella trabajaba para el gobierno en no sé qué investigación nuclear y se contaminó accidentalmente. De forma masiva. Duró apenas unos meses, pero la agonía fue terrible, según dicen. Para ambos.

—Lloraré después. Abrevia.

—Además de ser un genio, Rhodes era rico. A partir del entierro de su mujer, anunció que iba a emprender por su cuenta ciertas investigaciones relacionadas con el átomo. Fundó una compañía, la Survival Inc. y desapareció. De vez en cuando, aparece algún artículo sorprendente en revistas especializadas, o patenta algún instrumento técnico, ya sea quirúrgico o para la manipulación de elementos radiactivos. Por lo demás, nada.

—Y cuando te llamé…

Zenna bajó la cabeza, como avergonzada por lo que iba a decir. O era muy buena actriz, o tenía que tragarme su historia. De pe a pa.

—Pensé que, si tú estabas juntos al estanque y yo lo removía un poco, algo pasaría. Quizá te picase lo suficiente la curiosidad como para averiguar qué había en el fondo. O, ¿quién sabe?, quizá conseguir una entrevista con el rey de las ranas del charco. Te la hubiera pagado muy bien, Indy…

—De momento, puede que haya costado más de dos docenas de muertos. Un poco cara, ¿no?

Todo aquello podía encajar, más o menos, en el panorama general, pero había algo que me seguía bailando por la cabeza. ¿Qué tenía que ver una esposa muerta por radiación, con jugar a Frankenstein insectoide? Desde luego, era imposible que crease aquellos monstruos para recomponer la efigie de su mujer muerta. No podía ser tan horrorosa. Y la segunda parte, ¿cómo lo hacía?

Me tocaba a mí enseñar las cartas. Cuando terminé de contarle a la periodista lo que había sucedido, se había tragado más de una botella de *whisky* para soportar el relato y había punteado mi historia con millones de increíbles, imposibles, absurdos, inverosímiles, inauditos y zarandajas semejantes. Por mí, podía hasta inventarse todas las exclamaciones negativas que quisiera. Yo sabía que era verdad. Y punto.

—Necesito saber dónde se ha llevado a Gronk. Zenna —apostillé—. Y contrarreloj.

—¿Y cómo crees que puedo averiguarlo? Te repito que nadie le ha visto hace una docena de años.

—¡No lo sé, maldita sea! No puede trabajar en el lavabo de un hotel. Necesita unas instalaciones más que medianas. ¿Tiene alguna subsidiaria esa Survival?

—Un momento.

Se marchó a su despacho y regresó con un *dossier* en las manos. Cuando pretendía hincar el diente en un tema, sabía muy bien dónde dar el mordisco.

—Bastantes. Demasiadas, si tienes prisa. Hay una en Brasil, otra en la India, otra en Sri Lanka, una cuarta en España… ¡se ve que le gusta el Tercer Mundo!

—Hacen menos preguntas y aceptan cualquier inversión extranjera, sea la que sea.

No era mucho, pero algo era. Llamé por teléfono a Canadá, rogando porque la maldita suerte no me fallase cuando más la necesitaba. Localicé a Cloudbear en su despacho.

—¿Novedades?

—Muchas. Están empezando a desmantelar la base. Seguimos sin poder acceder a ella, pero, después de lo que pasó, no quieren arriesgarse a ninguna investigación oficial.

—Intenta averiguar dónde trasladan lodo el material. Quizá siguiéndoles la pista.

—Imposible. De momento, lo están almacenando en Calgary ¡Mierda!

—El único que ha desaparecido de Canadá, es Tusk. Ya sabes, el que te…

—Lo recuerdo perfectamente —no necesitaba que me refrescasen ciertos momentos particularmente «dolorosos» de mi vida.

—Nuestros contactos en la ciudad nos han informado que se dirige a cierto país oriental, Sri Lanka.

… ¡a reunirse con su jefe!, especulé. Si me equivocaba, adiós Gronk Pero ni siquiera yo puedo fallar diez veces sobre diez. Me despedí del abogado y me encaré con Zenna.

—Necesito un pasaje para Sri Lanka. —Y tengo que pagarlo yo.

¿No?

—Sería un detalle —confirmé.

Con un suspiro de resignación. Zenna me arrancó el teléfono de las manos:

—Ronda, resérvame dos pasajes para Sri Lanka. Necesito salir cuanto antes y hacer las menores escalas posibles —ordenó, en cuanto se puso al habla con su periódico.

—¡¿Dos?! —exclamé, sorprendido y Curioso—. Escucha…

—En parte, todo esto ha pasado por culpa mía, Indy, Ya que metí la pota al principio, estoy dispuesta a meterla hasta el final.

—¿Y no puedes morirte de remordimientos aquí, en Nueva York? Puede ser muy peligroso.

—Por supuesto. Si no, no iría —y levantó una mano para hacerme callar—. ¿Esta tarde? Gracias, Ronda.

Tres horas más tarde, ya estábamos volando.

Conociendo el poco amor que Zenna siente por los aviones, podía deducir dos cosas. O estaba realmente arrepentida, o el asunto era demasiado importante como para dejar sin vigilancia al pobre Indiana James. Preferí pensar lo primero.

Tras agotar todas las bolsas del avión especialmente diseñadas para los mareos, destrozar mis nervios, vaciar el estómago de Zenna hasta de su primera papilla y recibir millones de airadas miradas, tuvimos un rato de descanso. La periodista se durmió, agotada y yo me dediqué a leer el periódico.

Sólo una cosa me llamó poderosísimamente la atención. Un anuncio a media página. Y quien conozca las tarifas publicitarias del *New York Times*, sabrá que no estoy hablando de ninguna bagatela Pero, lo más sorprendente, era que el anuncio estaba dirigido a mí.

El mensaje era muy breve, en letras enormes:

> «Te espero en el Triángulo de las Bermudas, Indiana».

Y estaba firmado por Harriford Jones.

Uniendo el anuncio a las diversas informaciones que sobre el aventurero millonario habían ido llegando hasta mí, aquello

empezaba a tomar un aire decididamente macabro… e interesante. Tarde o temprano, debería acudir al famoso Triángulo, allí donde Harriford Jones había desaparecido, arrastrado a las profundidades marinas por toda una horda de zombis.

Una vez confortablemente instalados en el mejor hotel de Colombo, la capital de Sri Lanka, Zenna hizo un par de llamadas telefónicas. No habían pasado dos horas, cuando se presentó un mensajero con un voluminoso *dossier* bajo el brazo.

—No ha sido difícil localizar la planta de Survival Inc. —apuntó la periodista, ojeando el *dossier*—. No se puede decir que la isla hierva de instalaciones industriales. Ésta en Madampé, cerca de aquí, a unos 70 km La mayor parte de las industrias químicas se encuentran en esa región.

—Lo malo es que no tenemos tiempo para elaborar demasiados planes —agregué—. Nos llevan dos días de ventaja y Gronk, si es que está aquí puede que va se haya convertido en un manió muy poco religioso.

—Por tanto…

—Por tanto, sólo tenemos un camino: la acción directa —no me gustaba lo que iba a decir, pero había estado dándole un millón de vueltas durante el viaje y no se me había ocurrido otra solución—. Sabemos que les gusta la discreción, así que lo único que puede amedrentarlos inmediatamente es la amenaza de dar publicidad a sus «investigaciones»…

—¿Cómo? Sin pruebas, no puedo publicar una sola línea, lo sabes.

—Yo, sí. Pero ellos, no. Me presentaré allí y les desafiaré con airear a los cuatro vientos todo lo que sé, a menos que me devuelvan a Gronk.

—Me parece suicida —apostilló lúgubremente Zenna.

—A mí, también, pero no veo otra solución.

Zenna se acercó a mí y me rodeó la cintura con los brazos. Temblaba visiblemente. Al menos, me gustaba pensarlo. Por nada del mundo estaba dispuesto a admitir que el que temblaba era yo.

—De acuerdo, Indy. Si ésa es tu decisión…

La aparté bruscamente de mi pecho.

—No, nena —negué con toda la firmeza de que fui capaz—. Esta vez no vendrás conmigo. Si alguien tiene que sacrificarse, seré yo.

Me miró con ojos desorbitados:

—¡¿Qué te hace pensar que quiero ir contigo?! —protestó, atónita—. Me quedaré aquí. Si no has vuelto en un plazo de tiempo prudencial, removeré cielo y tierra para intentar sacarte de allí… ¡pero no te prometo nada!

Era justamente lo que yo había pensado. Pero hubiera preferido decirlo yo.

—¿Puedes alquilarme un helicóptero? —pedí, intentando mostrarme demasiado desilusionado—. El tiempo es básico.

—Y mi cuenta de gastos, limitada —apostilló, enfurruñada—. En el periódico me crucificarán si no saco una buena historia de este asunto.

—¿Sí o no? —insistí.

—¡Sí, sí, sí! ¡Cuenta con tu maldito helicóptero! —Y se volvió a abrazar a mí—. Ten cuidado. Indy.

Sri Lanka es una isla preciosa, casi un auténtico paraíso tropical. Pero yo no estaba en condiciones de apreciar el paisaje. A bordo de mi helicóptero, deseaba que se acabasen las inmaculadas playas, las frondosas selvas, los extensos arrozales y apareciesen las feas siluetas de las chimeneas fabriles.

La Survival Inc. se hallaba enclavada junto a la jungla, bastante apartada de la ciudad y el resto de compañías. Destacaban un par de barracones prefabricados, lo que parecía un enorme invernadero y un edificio más sólido, aunque relativamente pequeño. No había que ser muy inteligente para adivinar que también estaría plagado de subterráneos, como la base canadiense.

Di un par de vueltas antes de aterrizar, buscando el lugar más apropiado. Todavía no había apagado el contacto del rotor, cuando mi aparato estaba completamente rodeado por los uniformes azules que conocía tan bien. Los dedos estaban en los gatillos, aunque sus armas apuntasen al suelo. No tenían necesidad de nada más.

Tusk se hallaba dentro del círculo formado por sus hombres. Firmes, marcial, con las manos en la espalda. Su boca sonreía burlona, su ojo sano, también. Hubiera jurado que hasta el parche me tomaba el pelo. Salí abriendo los brazos para demostrar que no venía armado.

—Bienvenido, señor James —saludó, acentuando todavía más su sonrisa—. Siempre es un…

—… placer saludarme, ya lo sé —terminé la frase para no darle esa satisfacción—. Cualquiera diría que me estaban esperando.

—Los placeres inesperados son los mejores. Sígame, el señor Rhodes estará encantado de saludarle.

Seguí a Tusk y media docena de mercenarios nos siguieron a los dos. En contra de lo que había supuesto, nos dirigimos hacia el invernadero. Tusk abrió la puerta y me invitó a entrar, haciendo un ademán a sus hombres para que se quedasen allí.

Con aquel clima, no sabía para qué demonios necesitaban un invernadero, pero tampoco lo pregunté. Dentro, muy ocupado en la observación de un macizo descomunal de flores, estaba Rhodes.

—Te he repetido mil veces que no me gusta ser interrumpido cuando trabajo, Tusk.

—Tenemos visita, señor Rhodes.

El científico me dirigió una displicente mirada que se tiñó de súbito interés:

—Le conozco —susurró, rebuscando en su memoria—. Sí, ¿no es usted el hombre que acabó con aquel maldito indio?

Tusk se había colocado detrás de mí, alerta, y no podía verle, pero sentí que se envaraba.

—¿Trae noticias de Canadá? —preguntó extrañado Rhodes.

—Temo que haya una… ¡ejem! Pequeña confusión, señor… —carraspeó Tusk, molesto—. Éste es el señor James, el hombre de quien le hablé. Aquel del que nos advirtieron…

El científico se encaró conmigo, visiblemente interesado.

—¿Así que no es uno de nuestros hombres? Entonces, ¿cómo consiguió introducirse en nuestras instalaciones? —El calor del enrojecimiento de Tusk me quemó la nuca—. ¿Me equivoco al suponer que… nuestro pequeño contratiempo en Canadá es obra suya? —añadió, sonriente. Estaba disfrutando.

—No, no se equivoca —respondí—. Y si no quiere tener más dolores de cabeza, devuélvame a Gronk. Nos iremos de aquí, sin causar más problemas.

—¿Se refiere al piel roja? Me temo que va a ser imposible. El señor… euh. ¿Gronk?… ha sufrido una delicada intervención quirúrgica, el primer paso de un interesante experimento…

Me estremecí. ¿Quería decir eso que había llegado demasiado tarde o ese «primer paso» era reversible? Sea como fuere, era el

momento oportuno para jugar mis cartas. No eran ases, pero no tenía nada más.

—Devuélvame a Gronk o se verá metido en un buen lío. No pienso dejar que siga asesinando gente…

—¿¡Asesinando!?… ¿Ha dicho asesinando? —La cólera en los ojos de Rhodes era infinita—. ¡Escuche bien, muchacho! ¡Yo no estoy asesinando a nadie!… ¡Al contrario, les estoy salvando la vida!

Nunca creí que un tipo de sus características, tuviera semejante sentido del humor.

—¡Sí, señor James! —insistió—. Durante demasiado tiempo, se ha estado jugando con el átomo sin saber sus consecuencias. El mundo está al borde de la aniquilación: centrales atómicas, residuos radiactivos, arsenales capaces de destruir nuestro planeta cien, mil veces… Demasiados errores humanos, demasiadas imperfecciones, demasiados dedos capaces de apretar el famoso botón fatídico…

—Y eso, ¿qué tiene que ver con los monstruos que descubrí en su base canadiense? —pregunté exasperado, harto de tanta palabrería alarmista.

Rhodes y Tusk cruzaron una mirada furiosa, antes que el científico contestase:

—Así que los vio, ¿eh? Bien, eso me ahorrará muchas explicaciones —pero supe que no le había gustado nada—. Sólo ciertas formas de vida son capaces de sobrevivir a una hecatombe nuclear, sea la que sea, señor James. Y los insectos están entre ellas. Estoy dándole una nueva esperanza a la humanidad… ¡aunque sea cambiando su estructura para adaptarla a unas nuevas necesidades! ¡Mis criaturas son el nuevo paso de la evolución!… ¡Son los Hijos del Átomo!

—Cuando le vi, sospeché que estaba loco. Acabo de cambiar de opinión… —Una sombra de alegría aleteó en los ojos de Rhodes—. Ahora ya no lo sospecho. Ahora, sé que lo está.

De su rostro quedó borrado todo rastro de emoción que no fuese el más profundo odio.

—No soy yo el loco, James. Es la humanidad la que ha enloquecido.

—Y todavía enloquecerá más, cuando se entere de lo que está haciendo. Suelte a Gronk, déjenos marchar y procuraré olvidarme

de todo esto. Si no, veremos qué opina la humanidad de sus intentos por salvarla… ¡Mucho me temo que pondrán algunas objeciones a su mesianismo!

Volvió a sonreír. Pero, esta vez, sin el menor rastro de alegría.

—¿Qué le hace pensar que voy a darle la oportunidad de publicitar mi trabajo?

—No soy tan idiota como parezco —miré mi reloj—. No he venido solo a Sri Lanka. Me acompaña una colega del *New York Times*. Si no he vuelto dentro de dos horas, hará estallar la bomba —y mentí—. Conseguí suficientes pruebas en Calgary como para que se pase esta vida y la post atómica en una celda acolchada a prueba de radiaciones…

Tusk lanzó una carcajada. Y, de repente, me di cuenta de que todo iba mal.

Tendría que haber advertido el revuelo en la base, tendría que haberme dado cuenta que un helicóptero de la compañía había aterrizado junto al mío, tendría que haber valorado más la capacidad del jefe de los mercenarios.

Ahora, lo único que podía hacer, era observar cómo Zenna Davis descendía del aparato recién llegado, escoltada por varios hombres.

—Si usted pudo seguirme —apuntó Tusk— yo también puedo jugar el mismo juego, señor James. Nadie contará nada a nadie. Nunca saldrán de aquí… ¡en su forma actual, por lo menos!

—Escuchen, escuchen un momento… —intervine rápidamente, a punto de perder los nervios—. Ella es una periodista importante. Mucha gente sabe que ha venido aquí, ¡no pueden hatería desaparecer! ¡La prensa se les echará encima!

—¡Oh! —No va a desaparecer, señor James —explicó Tusk, amabilísimamente, paladeando cada sílaba—. Sri Lanka también cuenta con una de esas molestas guerrillas, tan de moda en este tipo de países… La intrépida periodista será encontrada en la selva, acribillada a balazos y con una nota donde se explique que es una demostración de lo que piensan de «la prensa burguesa y los siervos del capitalismo explotador»…

Rhodes cabeceó afirmativamente.

—Bien pensado, Tusk. Procede cuando quieras con tu plan.

Me sentí cómo el mayor idiota del mundo. Las carcajadas de los dos hombres resonaron en las paredes de cristal del invernadero

como las risas de espectros infernales. Hacía un calor de mil demonios, pero el sudor que manaba abundantemente de mis poros, era helado como recién salido del congelador. Adiós, esperanza.

Hice lo único que podía hacer.

Clavé el codo en el estómago del mercenario y disfruté viendo que su satisfacción quedaba convertida en un estertor agonizante. Levanté la rodilla aplicando todas mis fuerzas en el golpe y su nariz se quebró, quedando convertida en una alcachofa, manando sangre como una fuente.

No podría abrirme paso a sangre y fuego, lo sabía. Demasiados hombres y demasiado bien armados. Pero, si era necesario, caería matando. Prefería caer descuartizado por las balas, a… a cualquier cosa que me tuviera preparada aquel maníaco.

Me abalancé sobre Rhodes. No sería ningún problema.

Levantó débilmente un puño, pero sólo consiguió golpearme en la pierna. Sentí un minúsculo pinchazo de dolor, nada preocupante.

Consciente de su impotencia contra mí, retrocedió apresuradamente, refugiándose tras un enorme arbusto tropical.

—Grite si quiere. —Rhodes…—, le provoqué exultante. —Llame a sus hombres, vamos. No llegarán a tiempo. No podrán. Yo moriré, pero usted morirá conmigo.

Y extendí las manos hacia su cuello, dispuesto a quebrarlo como si fuera una ramita seca.

Se movió y fallé mi objetivo.

No, no se había movido. Era yo quien había fallado estúpidamente, calculando mal las distancias.

Sonrió. O eso creo. No sé por qué, me costaba enfocar su rostro. Debía ser el calor, la tensión, las emociones. Sacudí mi cabeza para despejarme, pero Rhodes se tornaba más y más borroso.

Lo comprendí todo al mirarme la pierna. No me había intentado golpear. Me había clavado una jeringuilla en la pierna.

Trastabillé por el invernadero, avanzando como un borracho, intentando llegar hasta Tusk. El tenía su arma. Antes de que el narcótico me durmiera, le metería un cargador entero entre ceja y ceja.

Mis piernas se convirtieron en gelatina y me desplomé de bruces al suelo. Oía a Rhodes moverse a mi espalda, pero toda mi atención estaba enfocada en el caído Tusk, frente a mí.

Apenas nos separaba un metro. Engarfié mis dedos y los enterré en el suelo para hacer palanca. El invernadero daba vueltas a mí alrededor como un tiovivo y las náuseas eran a cada instante más profundas.

Arañé la cartuchera del mercenario. Un esfuerzo más y…

Un pie me aplastó la mano contra el suelo. Luché —o creí luchar — por liberarla, pero era inútil. Me faltaban las fuerzas.

De lejos, de muy lejos, me llegó la voz de Rhodes.

—Usted también será un ejemplar muy interesante para mis experimentos, señor James… —Sus hombres debían haber entrado en el recinto porque escuché que gritaba—. ¡Preparadlo! ¡Le intervendré inmediatamente!

Y caí por un pozo negro y oscuro, en cuyo fondo me esperaban millones de insectos, aplaudiendo, vitoreando, dándome la bienvenida, acogiéndome como un hermano.

Yo era uno de ellos.

O pronto iba a serlo.

CAPÍTULO VI

Cuando desperté, mis compañeros, mis «hermanos» de raza estaban allí, rodeándome.

Pero en sus respectivas jaulas.

Me encontraba en una nave similar a la que había descubierto en Canadá, aunque mucho más pequeña. Yo estaba en una camilla, desnudo y atado por fuertes correas en muñecas y tobillos.

En cuanto dominé las náuseas y hube recuperado algunas fuerzas, tiré de ellas, retorciéndome como un gusano en una mesa de vivisección, pero no logré aflojarlas ni un milímetro. Estaba indefenso.

Levanté la cabeza y miré mi cuerpo, buscando señales de cicatrices o huellas de una reciente operación, antes de darme cuenta que metía la pata. Si hubiera hurgado en mi interior, el dolor me lo hubiera advertido.

Impotente, me dediqué a inspeccionar visualmente las jaulas. Parecía encontrarme en un Circo de los Horrores: bajo enormes caparazones quitinosos, aparecían manos o pies humanos, en medio de cabezas insectoides, recubiertas de vello y antenas, podía ver ojos como los míos; sobre patas y pinzas, se vislumbraban torsos masculinos y femeninos, con las turbadoras diferencias claramente apreciables.

¿Sería Gronk uno de aquellos híbridos repugnantes? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que ni siquiera me atreviese a mirarme a un espejo por el peligro de vomitar contemplando mi propia figura?

Un tenue ruido a mi izquierda, hizo que girase la cabeza.

La puerta se había abierto y Tusk entraba en la sala. Un Tusk casi irreconocible, con la cabeza vendada como la de una momia. Sobre su nariz la venda estaba empapada de sangre.

Se acercó lentamente a mí mientras sacaba un machete de su cinto.

—No debiste hacerme esto, James.

—¡Oh! Fue un placer, ¿sabes?

Los nudillos se le tornaron blancos por encima de la empuñadura del cuchillo. Pero se contuvo. Si le provocaba lo suficiente, quizá consiguiera que lo hundiera en el pecho, o me abriese la garganta. Todo, antes de soportar un minuto más la angustiosa espera:

—De todas formas, estás muy favorecido. Antes, te parecías demasiado a ellos —y moví la cabeza en dirección a los semi-insectos.

Tusk graznó, moviendo los hombros. Supuse que se reía.

—Muy astuto, James. Estuviste a punto de lograrlo, pero ya no, ¡ya no! Ahora sé que te gustaría morir y no te proporcionaré ese placer Sé que temes ser uno de esos monstruos y dejaré que te conviertas en algo tan repugnante que ni siquiera tu madre miraría sin sentir horror.

—Ya seremos dos —apunté.

—Pero necesitas una lección, James —continuó imperturbable, como si no hubiera oído nada—. Rhodes te necesita vivo…, pero no necesariamente intacto.

Y apoyó la fría hoja de su machete sobre mi piel.

La deslizó suavemente por mi vientre, girándola poco a poco, hasta que el filo trazó un leve surco sangriento.

—Pronto tendrás una nueva piel, James. ¿Para qué quieres ésta? —Y el cuchillo volvió a deslizarse, esta vez por mi pecho. La sangre volvió a fluir incontenible.

¡Cristo, era capaz de despellejarme vivo!

Reuní toda la saliva que pude en mi boca y lancé un escupitajo con todas mis tuerzas. Pero la maniobra debía haber sido demasiado obvia, porque retrocedió para esquivarlo…

… pero retrocedió demasiado. Retrocedió hasta que su espalda chocó contra una de las jaulas.

Antes de que pudiera reaccionar, dos brazos —¿o patas?— le rodearon el tórax y unas mandíbulas se cerraron sobre su nuca. Mandíbulas móviles que, más que morder, parecieron empezar a serrar el cuello del mercenario.

No podía apartar mis ojos de la dantesca visión. Tusk gritó, chilló, aulló con toda la fuerza de sus pulmones, desgarradoramente, mientras pugnaba por liberarse, mientras pataleaba desesperado, mientras intentaba abrir la presa que se cernía sobre su pecho.

Poco a poco, manteniendo el grito, su cabeza empezó a descender sobre su pecho. Cuando por fin las mandíbulas alcanzaron las cuerdas vocales, su aullido cesó y el peso venció la débil resistencia de las fibras musculares que quedaban intactas.

Su cabeza cayó al suelo y rodó hasta desaparecer bajo mi camilla. El cuerpo quedó inerte y el monstruo empezó a devorarlo.

De nuevo tuve que contener las arcadas. Pero, esta vez, no podía culpar al cloroformo.

El mercenario no seguiría trazando mapas en mi piel, pero mi situación era la misma. No, no lo era. Aquella sensación de frío en mi estómago provenía del cuchillo de Tusk. Al apartarse de la camilla, lo había soltado inconscientemente.

Me retorcí lentamente, intentando que cayera en la camilla, lo más cerca posible de mi mano. El machete fue deslizándose poco a poco, hasta que giró sobre sí mismo y rebotó en la tela. Ahogue un grito de desesperación cuando se balanceó en el borde, pero no cayó. Se encontraba a unos cuantos centímetros de mis dedos.

Intenté la misma operación que al principio, pero en sentido inverso. No quería sacar mi mano de la correa, sino meter el brazo. Mis dedos parecían gusanos, reptando espasmódicamente por la superficie de la camilla…

… hasta que se cerraron sobre la empuñadura del arma.

Le di la vuelta y coloqué la hoja sobre la correa de mi muñeca, antes de empezar a moverla sobre ella. La posición era muy forzada y tardaría una eternidad en cortar mis ligaduras. Mientras no se le ocurriera a Rhodes venir a echar un vistazo a su próxima víctima…

Cuando por fin cedió la correa, estallaron mis nervios. Me incorporé de un tirón y liberé mi otra mano. Las correas de los tobillos fueron un juego de niños.

Lo peor venía ahora. Tenía que localizar a Zenna, a Gronk, enfrentarme a un ejército de mercenarios y salir de allí.

Tenía que pensar algo, pero la algarabía de los hombres-insectos no me dejaba. En cuanto me había puesto en pie, el concierto de

chasquidos, rugidos y chirridos se había convertido en un escándalo estrepitoso.

¿Acaso esperaban que les liberase también a ellos?… Bueno, ¿por qué no? No podía saber cuántos de los hombres de Rhodes estaban al tanto de sus experimentos y se hallaban familiarizados con los monstruos, pero daba igual. Si no huían aterrados, se armaría el suficiente revuelo como para poder moverme con cierta maniobrabilidad.

Me acerqué despacio a las jaulas. Una cosa era abrir las puertas de sus celdas y otra muy distinta, colocarse inconscientemente al alcance de sus mandíbulas. Pero, como si hubiera leído mis pensamientos, la criatura que había estado devorando a Tusk, soltó el cadáver y retrocedió hasta el fondo de su cárcel.

A pesar de eso, no me sentía muy tranquilo.

Empecé a manipular la cerradura con toda clase de precauciones, alerta por si aquel bicho se tiraba sobre mí, pero no movió ni un músculo… si esa expresión seguía teniendo sentido.

Abrí la puerta de la jaula y me aparté lo más velozmente que pude. El monstruo se movió y avanzó con parsimonia. Un segundo después, correteaba por la sala, de una jaula a otra.

Cuando se dio cuenta que le estaba observando atentamente, aún desconfiado, volvió a inmovilizarse. Esperé que todos fueran como él, que conservasen un resto de inteligencia, instinto… no sabía cómo expresarlo.

Abrí jaulas y más jaulas, ya sin pensar en el posible peligro. Varios minutos después, estaba rodeado por una masa de pinzas, tentáculos, zarcillos, alas y antenas, que navegaban perdidos, como esperando que les guiase a la salvación.

Avancé hacia la puerta y las criaturas me siguieron. No se molestaron cuando me detuve a coger el cuchillo de Tusk.

Surgimos a un pasillo tan frío, blanco e inmaculado, como el de la base canadiense. Rhodes no era muy imaginativo como diseñador. Intenté, avanzar hacia la izquierda, pero las bestias me cerraron el paso, aglomerándose frente a mí. ¿Por qué?

A la derecha, sólo había una puerta, marcada con el emblema de radiación. Debía ser el depósito de materiales radiactivos. Ir allí era un suicidio, a menos que…

Llegué hasta la puerta y la abrí. Dentro, se movían varias figuras

con traje blanco y cubiertos con capuchas del mismo color. Una pequeña ventana frontal les permitía la visión. No pude darme cuenta de nada más. En cuanto hubo el espacio suficiente, un enjambre de aquellos seres de pesadilla se precipitó al interior.

Los hombres no pudieron hacer nada. Cuando se dieron cuenta de lo que sucedía, estaban cubiertos de una masa de insectoides que mordía, arañaba, desgarraba y sembraba el caos, la muer te y la destrucción. No sabía si tendrían sentimientos, pero aquello se parecía demasiado a una venganza como para dudarlo.

Pero no se detuvieron allí. Su próximo objetivo eran los materiales radioactivos. A pesar de las palabras de Rhodes, no sabía hasta qué punto podrían soportar un contacto tan directo con una fuente de radiaciones letales como aquéllas, pero parecían haberle escogido como su arma preterida contra la lucha que les esperaba.

Un grito resonó a mis espaldas. Me volví para descubrir a uno de los mercenarios que nos observaba sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Lanzando un aullido enloquecido, retrocedió sin dejar de observarnos durante unos segundos, antes de dar media vuelta y escapar a toda velocidad, perseguido por una horda de engendros.

Era mejor para mí no permanecer mucho tiempo junto a ellos. Podían ser inmunes a la radiación, pero estaba seguro que yo no lo era. Me dediqué a abrir cuantas puertas se cruzaban en mi camino, buscando a Zenna y a Gronk.

Localicé primero a la periodista. Pero no obtuve la reacción esperada. Tampoco esperaba que se lanzase a mis brazos, pero el gritar como una posesa ante su salvador, acurrucándose en el rincón más alejado de la habitación, me pareció un poco excesivo…

… hasta que me di cuenta que estaba desnudo, cubierto de sangre y flanqueado por un par de aquellos monstruos.

¡Zenna tendría pesadillas por el resto de su vida!

Perdí un tiempo precioso calmándola y sólo reaccionó cuando mis «amigos» desaparecieron por el pasillo. Terminó de despertar al oír el eco de las armas automáticas. Mercenarios e insectos debían haberse encontrado. Prefería no pensar en el resultado de la batalla, aunque me era previsible.

Oímos a Gronk, antes de poder verle. Aquellos golpes tan potentes, capaces de hacer temblar una puerta de acero macizo, sólo podían ser suyos Empuñé la cerradura con el corazón

desbocado como el de un caballo en pleno Grand Prix. ¿Qué nos encontraríamos dentro? ¿El buen, viejo, feo y brutal Gronk, o una criatura alada, grácil, segmentada y espantosa?

Abrí de un tirón para enfrentarme de una vez por todas con la realidad…

¡Gronk! ¡Era él!

Me miró perplejo unos segundos, antes de destrozarme las costillas entre sus brazos.

Sólo más tarde reparé en las cicatrices de su pecho y espalda. Sólo más tarde me di cuenta quien sus costados, tenía unas pequeñas protuberancias, como muñones, como si le empezasen a nacer nuevos brazos o piernas ¿o palas? ¿Habíamos llegado a tiempo o la mutación sería va irreversible?

Nos detuvimos un segundo en una especie de ropero para conseguir un poco de ropa para mí.

Estábamos a punto de abandonar el edificio cuando escuché gritos histéricos, proferidos por una voz que había aprendido a reconocer; «Rhodes».

—Esperadme un momento —advertí a los otros dos.

Cuando llegue frente a la puerta de la sala que buscaba, me quedé helado de espanto.

Si, era Rhodes. Y estaba acorralado por sus creaciones. Los miraba con ojos desorbitados, pasando de uno a otro, sin creer que pudieran volverse contra él. Entonces, me descubrió.

—¡James! ¡Dígaselo, James! —suplicó—. ¡Dígales que yo sólo quería salvarles! ¡Que yo sólo buscaba su bien!

Unas pinzas se cerraron con un chasquido estremecedor a la altura de su tobillo. El alarido del científico rebotó en las paredes.

—¡Dígales que les he saltado de la muerte! ¡Dígales que serán los únicos supervivientes del holocausto atómico!

Una trompa córnea empezó a hurgar en su muslo.

—¡Dígales que yo les he creado, que soy su padre! ¡Dígaselo, James! ¡Dígales que ya no deben temer nada!

Una especie de saltamontes trepo sobre su pecho, horadando la carne, cortando costillas.

—No es una forma de solucionar los problemas, Rhodes —exclamé.

Pero ya no me escuchaba Estaba sepultado por los monstruos.

Cuando salimos al exterior, apenas vimos nada, ni nadie.

Los helicópteros habían desaparecido y los hombres con ellos. Apenas algunas formas inhumanas empezaban a adentrarse en la jungla, de donde no creí que surgieran nunca más.

—Maravilloso —escupió Zenna—. La mayor historia del siglo y pronto no quedará rastro de nada.

Se había recuperado, no había duda.

No le hice notar que quizá, tenía una prueba viviente a su lado.

Era mejor ahorrar fuerzas. Nos esperaba un largo camino por la selva hasta alcanzar la fábrica o ciudad más próxima.

Si conseguíamos atravesarla.

Aunque supuse que no corríamos peligro Teníamos «amigos» que nos protegerían.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase «El tesoro de Gardenfly». <<

[2] Véase «En busca de la Prehistoria». < <